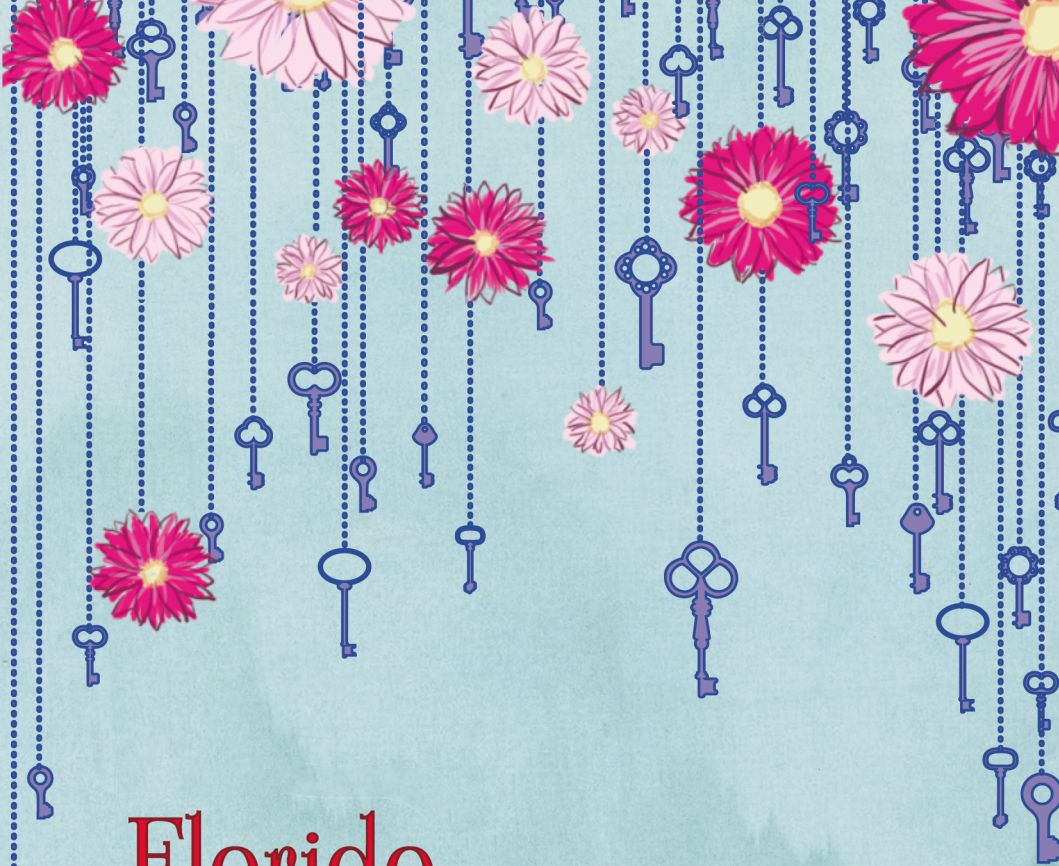




Florido, Clavel



ESCUELA DE ESCRITURA



Florido, Clavel

FLORIDO, CLAVEL

© Agustín Flores-Muñoz, Alex Fuentes, Álvaro Murcia, Andy M. León, Cami Olavarría, Camila Fredes, Carolina Durán Nicomán, Cecilio del Pilar, David Alejandro, Diego Arriagada Mena, Espada Riberas, Ethan, Felipe Cubillos Carter, G Nayakan, G10R, Gabi Sandoval, Javiera Vásquez, Jorge Volpi Bravo, Karen Hernández, La Corazona, Lady Roots, Lorena Méndez Parra, Luan Ramírez, Luis Romani, Mique Marchant, Nico Scepanovic Araya, NicoLau, Otoño Sáez, Pau Lorca, Paz Ortiz, Ricardo Díaz Fredes, Rocío Alejandra, Rodrigo Benavides, S. Inohara.

Edición y diagramación

© Nicolás Hip

Portada e ilustraciones interiores

© Gonzalo Villegas

Santiago de Chile

Primera edición digital enero 2023

ISBN: 978-956-414-303-3

Proyecto financiado por:



Esta publicación no puede ser reproducida, en todo o en parte, ni registrada o transmitida por sistema alguno de recuperación de información, en ninguna forma o medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo y por escrito de sus autoras y autores.

Escuela de Escritura Ediciones

www.escueladeescritura.cl / contacto@escueladeescritura.cl

Florido, Clavel



*Dedicado a todes sus
autoreas
autoras
autores*

Si el cuento no se doma	11
<i>Nicolás Hip</i>	
130720212205	15
<i>G10R</i>	
Doce	17
<i>Gabi Sandoval</i>	
Hilo	19
<i>Diego Arriagada Mena</i>	
Estampas	21
<i>Álvaro Murcia</i>	
Siéntate, si sabís de qué se trata	23
<i>Ricardo Díaz Fredes</i>	
Orellana	25
<i>Cami Olavarría</i>	
Si le hubiera hablado	26
<i>La Corazona</i>	
Te dije	30
<i>S. Inohara</i>	

N.N.	32
<i>Luan Ramírez</i>	
Abrocharse la camisa	34
<i>Pau Lorca</i>	
Tongoy	36
<i>Nico Scepanovic Araya</i>	
Asociación libre	44
<i>Cecilio del Pilar</i>	
Memoria	49
<i>Otoño Sáez</i>	
Libreta de comunicaciones	51
<i>G Nayakan</i>	
Polillas en el jardín	56
<i>Espada Riberas</i>	
Con tus uñas largas y siempre pintadas color carne	59
<i>Agustín Flores-Muñoz</i>	
Lecciones de manejo	61
<i>Alex Fuentes</i>	

Fucsia	63
<i>Paz Ortiz</i>	
Fragmentos	64
<i>Javiera Vásquez</i>	
25 de agosto	69
<i>Karen Hernández</i>	
Maricón Daza	75
<i>Jorge Volpi Bravo</i>	
Objeto	77
<i>Andy M. León</i>	
De mí para Ti	79
<i>David Alejandro</i>	
Historia de mi cascarón	82
<i>NicoLau</i>	
Insensato corazón	89
<i>Lady Roots</i>	
Colegio de hombres	91
<i>Mique Marchant</i>	

Destellos de infancia	96
<i>Rodrigo Benavides</i>	
Herramientas	100
<i>Carolina Durán Nicomán</i>	
Los amigos	101
<i>Luis Romani</i>	
Todo estará bien	103
<i>Lorena Méndez Parra</i>	
Yo creo que me gusta	105
<i>Camila Fredes</i>	
Mi vida en destellos	107
<i>Rocío Alejandra</i>	
Noches	114
<i>Felipe Cubillos Carter</i>	
Inhalar. Escribir	117
<i>Ethan</i>	

Si el cuento no se doma

*«¡Florido... Clavel!»;
el grito-canto se oyó en la arboleda. Así se llaman los bueyes.
Cruje el puente y la carreta se silencia en el polvo.
La siesta. Las nubes. Se desgarran los cielos narrando historias.
«¡Florido... Clavel!».*

Adolfo Couve, 1965.

A mí *me* llegó cuando leí a Adolfo Couve, y también le pasó a Mariela Dreyfus, con quien traducíamos fragmentos del autor. Estas cuestiones no se las hubiéramos dejado pasar en un taller, le dije a ella, apuntando las libertades narrativas que se había tomado Couve en su poemario *Alamiro*. Esta fue su primera publicación, ¿cierto?, preguntó Mariela. Sí, la primera. Entonces lo que pasa, Nico, es que tu autor para entonces no había sido domesticado.

A las pantallas de nuestros computadores les florece una chapa de cerradura cuando uno se domestica, cuyo cilindro no acepta llaves que no estén bien lijadas. Pero a

veces, en cambio, es mejor ser como los bueyes, que tiran del arado pisoteando los peros; animal que no camina hacia atrás. Una yunta de claveles hace tracción y el campo queda florido. La doma narrativa uniforma los párrafos, y atrás bien atrás se relega el estero de la inconsciencia, achicado entre tantas compuertas, tantas cerraduras con llaves que se mueren en la rueda.

Alamiro es también el primer texto que conversamos con quienes escribieron esta antología. ¿Es un poemario o novela fragmentaria? ¿*Nouvelle* fragmentaria? Estampas de niño, quizás. La indefinición de su género y su libertad son bálsamo para quienes les preocupa la estructura y así el oficio cuentista corre como río.

Hay sinceridad en los cuentos de este libro y también exposición a cuero pelado. Hay pena igual. Calentura y éxtasis. Las mañanas en que nos juntábamos a discutirlos supimos incluso más cosas de las que quedaron escritas. Porque no todo hay que decirlo, hay que dejar un espacio amplio para quien lee y que sus ganas chispeen sobre el cristal de aguas mansas. Aguas dulces, saladas.

Me enorgullece la forma en que las cosas quedaron dichas en este libro, y desearía que quien lo tome se deje tras-

pasar por sus imágenes, como si fuera tan frágil que con una palabra le botaran. Y luego que haga correr el libro. ¡Que corra el libro, que corra!, por una mesa sin canto final.

Abramos, entonces, paso a estos relatos sin domesticar, como Couve, abramos que ya no puedo más de las ansias. ¿Acaso alguien ve el par de bueyes que vienen caminando? ¡Florido... Clavel!

Nicolás Hip, enero 2023



130720212205

G10R

Es adictiva esa sensación de cientos de golpes en la cabeza, nuestra cabeza, apoyada en la ventana, en los asientos aterciopelados de esa 29 Sol Yet. Tus ojos, que detestan la luz de los días grises, reflejan la desembocadura del Bío-Bío. Veo las mismas preguntas sobre los asientos rayados con plumón, corrector y cortacartón, pidiendo ser leídas ayer, hoy.

Mis manos, tus manos, sudan una pieza compartida, una dieta vegetariana, mensajes eróticos en papeles arrugados con tu compañero de curso, y un brazo roto. 511 kilómetros y 13 años con 106 días 25 minutos 16 15 14 13 12 segundos de distancia, ahora son 104 centímetros. No tenemos mucho tiempo.

—Soy *Trotamundos 2057*, estoy aquí para reafirmar tu existencia. La próxima vez que pienses en por qué estás acá, sabrás que volverás acá. Cuando te digan niño, sé alien. Cuando te digan maricón, sé animal. Cuando invaliden tu

existencia, que la huella de tus palabras sean veneno en el filo de tu metal templado.

Alerta de Protocolo 5. Pestañeos. No hay nadie. Suena el timbre.

Doce

Gabi Sandoval

I

El amor que te dan es como pegarte en el codo y no sobarlo. Observas en silencio las manchas blancas de las uñas esperando un regalo. Hoy te tengo cerca y te siento sumergida en un invernadero de carencias.

Tenemos doce años, nuestra mejor amiga nos habla, nos quedamos pegadas en su boca, sus labios son los más gruesos de la sala, una gota de saliva se aloja en su labio inferior que se mueve mientras habla. Una fatiga te seca la boca y sientes por primera vez el impulso de lamerla.

II

Llevas el pelo tomado, cola de caballo, no sabes depilarte, te da miedo el maquillaje, tienes los dientes chuecos y ese lunar en tu boca hace que quieras arrancarte la cara y desaparecer de las burlas de tus compañeros.

No sonrías. Nadie conoce tu boca.

Se apagan las luces y, como todas las noches, te metes los dedos, no sabes lo que haces, te miras, estás manchada, te limpias en el pijama.

Te duermes con el pechito apretado porque Dios no te cuida por las noches.

III

Siempre te castigas con sed, siempre has sido un personaje secundario y se te oscurece la piel cuando lo ves ebrio.

Acumulas cicatrices, la torpeza de tus manos. Mamá nos pilla porque te pintas las heridas con témpera.

No te contaré el futuro por temor a un efecto mariposa. Esta noche solo puedo alejar la oscuridad de tus miedos, darte agüita de orégano, guardar los recuerdos para que no rompas las fotos ni las Pascualinas y esconder el cuchillo cartonero.

Hilo

Diego Arriagada Mena

Lo conocí hilo.

Trenzado. Rebelde. Mi piel hilvana.

Lo conocí hilo. Análoga. Cruda. Bordada en la rosa. La de los vientos. La de la luna. Atma y Prana. A ratos urdimbre. A veces trama. El hilo de plata que arde. El hilo que mis pies amarra.

Su desvarío conjura la danza. Frágil. Valiente. En el borde. En pena. Paloma Negra. Paloma blanca.

Telar. Mis ganas de querer. Artesana. Sangre hirviente. Sangre herida. Un secreto me cuentas. Mientras el sol a la luna rapta. Sincero. Nacimiento. La vida y la muerte. La gama perpetua de las alternancias.

Su cuerpo hembra. hilandera. Tejedora. Macho travesti de cuna. A veces ovillo. Nudo. Cuerda. Cadena. Madeja. Parca y hada. Sanadora. Hechicera.

Niña. Abuela. Pueblo. Madre. Compañero. Nostalgia.

Una más de todas. Reencarnada. En el fogón. Enhebrada y confabulada.

Lo conocí hilo.

Estampas

Álvaro Murcia

Recuerdo las tardes de siesta de mi mamá.

Estar echado sobre las baldosas del piso recién encerado, a pesar de las mil veces que me habían dicho que no lo hiciera.

Ver una infinidad de pelusitas suspendidas en el aire, iluminadas por el sol de media tarde.

Los ladridos de Bobby.

Los ruidos de la Nani escobillando la ropa sucia en la batea.

Los pajaritos cantando desordenados en el cerezo.

La sección *Con permiso, soy el tango* de Radio Bio-Bío y su oda interminable a Gardel.

Las visitas de mi abuelita Geli con las últimas copuchas familiares.

El pan tostado.

La estufa a parafina.

El Datsun blanco de mi papá.

Las tardes infinitas de tareas.

La lámpara con forma de zapato.

La lluvia.

El frío.

Los silencios.

La huida.

La paz.

Siéntate, si sabís de qué se trata

Ricardo Díaz Fredes

Siéntate, si sabís de qué se trata... No encontré lo que me pedíai, pero encontré esta agenda. Tuve que venir a Antofa solo para hablar contigo... ¿Cómo que no sabí? Sé que tu hermana te contó... ¿Quién es él?, ¿por qué te escribe? Con-téstame, soy tu madre... ¡Mentira! ¿Y esas fotos? ¿Andábai paseándote con él...? ¿Y esas poleras nuevas en el ropero? ¡Levanta la cabeza...! ¡¿Qué?! ¡¿Cómo?! ¡Nooo, mentira! No, no, no. Pero cómo... Pero tú... ¡Cállate! ¿Qué acaso soi maricón? ¿Ese viejo te dio vuelta...? ¿Te creís mujer? Pero... Yo no te crie así. Qué va a decir la gente. Yo crie a un hombre, no a una mujer... ¡Déjame hablar! Aquí nadie nos escucha... Mira lo que me estái haciendo... ¡Erí una bosta! ...¡Y claro que le voy a decir! No voy a cargar con esta cruz sola. Y le voy a mostrar la agenda. Y va a ver las cartas. Y le voy a decir que vayan juntos a la casa de ese viejo... ¡Que te saque la cresta...! ¿Dónde vive?... ¿Cómo que no sabí? Sé que es en la avenida Brasil... ¡Cállate! A ti debería darte vergüenza. Te rompí todos los posters de la pieza, esos maricones de teatro

tienen la culpa... ¡Mi hijo no...! ¡Maricón!, ¡te vai a quedar solo como tu tío Lalo! No vai a tener a nadie que te cuide... ¡Y no llorís! Tú te lo buscaste... Era mentira cuando decíai que veníai a actuar. ¿Te pagó los pasajes? ¡Viejo degenerado! ¿Y la Katy? No me vayai a decir que ella no... ¡Desgraciao! Puras mentiras. Me dai vergüenza. Me arrepiento de haber-te tenido... ¡Vergüenza! ¡No me digai más mamá! Y olvídate de...

Orellana
Cami Olavarría

Pude ver cómo convergían calles y los autos parecían hormigas.

No sé cómo, pero tu gusto sobre tecnología te dejó en una posición de poder, no muchos tenían esos privilegios ni la posibilidad de conseguir porno japonés.

Pensé que íbamos a jugar.

Si le hubiera hablado

La Corazona

No, amiga, si no siempre sé qué decir.

¿Y si me das otro brillito?, porque creo que el mío se cayó.

¿Tú crees?

Mejor otra piscola.

No digas eso... Mmm... sí, sí me quiero acordar.

Es una nomás...

¿En serio? ¿De verdad te vas?

Pero amiga...

Sí, tengo las llaves.

¿Morado feminista?

Claro, la que abre la primera puerta... cómo olvidarlo... y con la verde aborto legal sigo abriendo...

Mauuu.

También te amo, amiga.

¡Ahh! Sí... lo intentaré.

.....

Me gustó mucho cuando dijiste que las personas son jardines.

Sí, hace frío.

¿Te gusta?

La Naty siempre anda con los brillitos, dice que dan buena suerte.

¿Tú crees que dan buena suerte?

Me río de nerviosa nomás.

Mmm... no siempre sé qué decir.

.....

Se quedó pegado el brillo en tu nariz, te ves linda.

Sí, no siempre hay qué decir.

A mí también.

¿De verdad?

Bueno, tengo 300 palabras nomás, pero vamos.

.....

¿Me sostienes la cartera?

Tan bonita.

Mmm, la morada feminista es la que abre...

No te sacaste el brillito.

¿Puedo?

Nooo, la Naty cuando duerme no escucha nada.

¿Puedo?

Morada...

Sí, la feminista.

¿Puedo?

.....

Me acordé de mi abuelita, perdón que hable de esto...

Sí, hay tanto que decir.

Ella me contaba que hay tijeras con las que resulta más fácil cortar los retazos.

Pienso si las tijeras pueden cortar cadenas también...

Me quedan 100 palabras todavía.

Me gusta tu espalda... es suave.

Todavía tienes el brillito.

Tenía razón la Naty, dan buena suerte.

Me gustaría verte otra vez, aunque estemos lejos.

.....

Me encanta cómo te queda el cacao, amiga...

Jajaja, sí, en serio, me vine temprano.

Mmm, sí, igual se demoró hartito la micro.

Esperé nomás, justo andaba con la libreta, aproveché de escribir.

...

No, amiga...

...

No me atreví.

No supe qué decirle...

...

...

¿Me puedo quedar con los brillos?

...

¿Sabes? Me acordé de mi abuelita ayer, y de esas tijeras con que cortaba los retazos.

Me pregunto si cortarán cadenas también.

Otra vez.

Otra voz me pregunta.

¿Quién eres?

Todas ellas, le respondo.

Te dije

S. Inohara

Son algodones que mojé con alcohol... No, no tengo po-
vidona. Te dije que la noche no es para nosotres y dele con
que iba el Arturo y no podíai perderte la party... Yapo, no
te movai. ¿Ahora me vas a contar qué te paso, primor? Pa-
reces membrillo, eh, bien machuca. Pásame el neceser para
maquillarte el caracho, te ve tu mami así y queda la zorra...
¿Neceser? Sí, chistosa la palabra... Oye, broma que fue en la
rotonda, si está llena de pacos, no sirven pa ni una hueá...
¿Maricón sidoso? No han renovado el repertorio estos nazis
culiaos, estoy seguro de que cuando nacieron se cayeron de
hocico... Ya, no te riai tanto, que más chueca se te pone la
cara de membrillo... A ver, mírate al espejo. Regia quedas-
te... Aprendí en el liceo cuando el matón ese, el Meléndez,
me tenía de saco de boxeo... Puro YouTube, fíjate... Eh,
gracias. ¿Te hago un tecito?... No importa, oye, si recién es-
taba poniendo la serie... No, me carga, prefiero esa de la
niñita que le sangra la nariz... Sí esa. ¿Cuántas de azúcar?...
No, no tengo estevia, guachita. ¿Por qué no te quedaste en el

carrete?... Mmmhh... ¿Será hueona tu mami? Obvio que es mejor quedarse que devolverse, después pasan estas cosas... Ya, ya, perdón. ¿Y te comiste al Arturito al menos?, dicen que agarra rico... Ya oh, era broma. Te mancharon todo el blazer estupendo que te había regalado... Blei-zer, sí, eso... Parece que no sale la sangre, a ver, déjame googlearlo. ¿Tenís Vanish?... Chucha, no sé entonces, déjalo acá nomás. ¿Te vay en Uber?... Yapo, primor. Mándame tu ubicación eso sí... De nada, oh, pa eso estamos les amigos. Ya, dame un abrazo... Sin llorar po, hueona, que se te corre la base y hartó que me costó, sí, eh... Oye, me whatsappeai apenas lleguí a tu casa y saludos pa tu mami. Déjame la reja con pestillo porfi... Tú también. Cuídate, corazón.

N.N.

Luan Ramírez

En primer lugar, el rastrillo. Debe estar untuoso, casi como una mucosidad. En segundo, la rabia. La rabia siempre debe ir en la boca, pero esta vez, como un bozal, que sirva solo para atestiguar un beso nonato. Luego la clara, claro, por qué no, aparenta juventud y a la luz del sol, el poste más grande de la rotonda pueblerina, con su foco insomne, destella casi un caudal que engalana. Pero sobre la rostra, es ahí donde debe actuar el haz. Ahora bien, mirada lateral, que direcciona. Un empaste oblicuo. Figuración. Se requiere un cambio de eje. Nota mental: “Recordar cuando los pacos venían detrás a fuego firme”. La cadera esa vez fuera de eje derecha izquierda evitaba los postones. Entonces frente a la ventana, ya que espejo no hay para las almas desterradas de este mundo, mejor dicho, este destierro no es para ser clonado, ya que las joyas no son de fábrica, cariño, la cadera esta vez sonda la actitud. Rubor. Que los altos relieves enciendan un bosque completo con la mirada. Entonces algo de arcilla, algo de bicarbonato. Tierra india a esta tumba que despier-

ta. Los brazos deben flectar los codos juntando las palmas de las manos a las puntas quemadas del cabello. Debe rizar. Solo dos veces. Dos y dos son cuatro y cuatro número par de pareja. Cinco es mal augurio. Para finalizar esta cábala ritualística, maruri. El último que quedaba encima de los cajones estilados de cerveza. Sensación antral del sentir. Algo se figuraba con esta instalación de pliegues. Y el toque secreto. El sellado de la cuerá. Debe revolotear el encendedor como una sutil mariposa en llamas. Arde, pero no quema. Simplemente deja un suspiro sobre la máscara. La lásbica acaba de hablar desde el rostro, sin un nombre, todo cruje en este evento geográfico. El cerrojo suena. Perfecto. Media vuelta, plástico arriba, mirada desafiante y bamboleo. Un telón se abre de luces veraniegas como una alfombra frente al maquillaje.

Abrocharse la camisa

Pau Lorca

Ni siquiera lo pensé, y no es que no lo hubiera imaginado. Lo repasaba e inventaba posibles escenarios en mi cabeza, posibles preguntas y sus respuestas. Repasar todo y pensar fríamente cada una de las palabras, la hora y el día en que pasaría. Siempre supe que pasaría, solo me preguntaba cómo. No fui capaz de verte a la cara ese día, las sábanas de una cama deshecha me sirvieron para evitar que me miraras. Pero estabas ahí, sentada viendo mi espalda como si me miraras de frente.

Tú, por supuesto ya lo sabías, como siempre, y lo confirmaste cuando respondí con un hilo de voz a por qué no me hablaba más con ella. Lo sabías, solo que siempre has hecho las cosas a tu manera, mamá, y esa no sería la excepción.

Igual que aquel día que me dejaste abotonar sola mi camisa de colegio y que, a pesar de hacerlo mal, no dijiste ni hiciste nada. Porque tú no querías que yo dependiera de alguien, querías que hiciera todo por mi cuenta, sola, aunque me equivocara. Y si ganar esa libertad significaba ano-

taciones a la hoja personal, a ti no te importaba, porque lo realmente importante para ti, mamá, era que algún día algo —o todo— sería más complejo que tres o cuatro botones de una camisa. Algo como ese día.

Aprendí a abrocharme la camisa sola, lavar mis dientes y a hacer una larga lista de acciones simples de cuidado personal a los 3 años, pero a los 32 aún no lograba iniciar ESA conversación con mi madre y seguía estirando la frazada de la cama, sacándola y volviéndola a poner como si en eso se me fuera la vida.

Finalmente, me rendí, al igual que con los botones, me di a la tarea de intentarlo. Me concentré en el estampado de flores gastado del cubrecama y cuando terminé de contar los pétalos de una desteñida flor empecé: Mamá, hay algo que no te he contado. Ella no era mi amiga y por eso estoy aquí, viviendo en tu casa otra vez, ahora, ya no somos nada...

Tongoy

Nico Scephanovic Araya

*Todo era tan simple que el día no duraba nada,
cuando debería haber sido eterno.*

Desde que llegábamos hasta que nos íbamos, estaba metido en el mar.

Lo primero era encontrar un buen lugar en la playa chica, a mi mamá le gustaba instalarse lejos para estar tranquilos, aunque tampoco tanto que resultara desolado. Cuando encontraba ese preciso lugar, el equipo se ponía en función “hoyo del quitasol”, este nos serviría de referencia para no perdernos nosotros los niños. Luego yo tiraba la toalla, me sacaba la polera, las hawaianas y corría hacia el agua, en cámara lenta.

Me gustaba meterme de una sola vez, como en el inicio de *Guardianes de la bahía*, luego ya no me salía del mar. Jugaba a ser delfín, sirena o tritón; me encantaba sumergirme, achicarme e impulsarme como resorte hacia afuera hasta alcanzar el sol, o girar, dar volteretas, caminar con las manos

debajo del agua, darme la rueda, volar, saltar, nadar crol, de espalda o mariposa, tratar de hacer nado sincronizado moviéndome sin brazos y patalear mucho sin problemas por salpicar. Recuerdo que competía con mis mapadres para ver quién llegaba antes a las boyas; aunque otras veces disfrutaba solo flotando pasado la zona de olas, ahí en medio de la nada y rodeado por todo, escuchando a las gaviotas, el ruido de la gente conversando, tenía una relación muy especial.

*En la orilla yo era: 1. cangrejo, 2. investigador,
3. recolector y 4. constructor.*

*Con una pluma en la cabeza, me volvía un 5. cazador.
Me hacía siempre de mejores amigos por una
muy corta duración.*

A veces, pocas veces lograban sacarme del agua, imagino que a la fuerza bajo mil amenazas, con los labios morados e intentando no titiri-titiritar de frío para convencerles de que me dejaran volver. Aunque nunca lo lograba; eran jueces sin clemencia al respecto. Si quería volver a entrar, me obligaban a esperar hasta que mis dedos dejaran de estar viejitos. Ahí esperaba amurrado tendido sobre la toballa. Luego ya se

me pasaba dibujando en la arena o ya más grande leyendo algún libro de poesía con el mejor sonido de fondo en vivo.

*Siento el calor que recorre los dedos de mis pies,
entremedio de ellos, uno por uno,
cada granito rascando mi piel en distintos lugares
multiplicado por miles, me masajeo;
ese fervor que me recorre desde la pierna hasta el pecho
dejando un rastro; ya no me he vuelto a sentir así de calentito.
Me contiene, luego de tantas horas de extrema intensidad
desatada, Morfeo por fin gana la batalla y termino rendido
a sus pies.*

La Mane nos acompañaba sentada en la orilla, ayudándonos a “construir” un sinfín de:

1. Castillos.
2. Esculturas.
3. Carreteras.
4. Represas.
5. Piscinas.
6. Colas de sirenas.

7. Fuertes y puentes.

8. Y ciudades para las pulguitas de mar; entre otras muchas cosas.

La abuela Mane nos daba las ideas, se sentaba y bordaba, aunque no recuerdo si en la playa también bordaba o tejía o zurcía zurcía: La luz es lo más importante, comentaba. De vez en cuando se inmiscuía para resolver algún conflicto de interés que se generaba en la construcción o en el uso de las obras en faena, recuerdo cómo bajaba levemente sus lentes de piloto en señal de autoridad.

En la arena conocí lo que hasta hoy es mi deporte favorito (y para el único que soy bueno), “La Paleta de Playa”. Mi meta en un comienzo era vencer a mis mapadres, hoy en día solo la Ana ha logrado batirme, con ella jugábamos a quién duraba más o quién ponía las caras más feas, sin fallar. A mí me daba igual perder, si no ganaba nada, le decía que ella ganaba y la dejaba feliz, es una virgo muy competitiva.

Nos quedábamos todo el día en la playa, por lo que bajábamos ultra cargados con todo lo requerido. Lo mejor era capear las olas, sobre todo cuando logré que el viejito pascuero por fin me regalara mi tabla verde. O solo hacer playitas para llegar a la orilla era toda una maravilla, hasta

que enfadabas a Poseidón y ahí el océano “Pacífico” se ensañaba sin consideración, te revolcaba, pateaba, empujaba y te escupía lejos en pelota.

Hasta peinarse era divertido, nos hacíamos los más locos tocados y modelábamos con algunas bisuterías chamulladas, hechas entre plumas, conchitas y cochayuyos mayormente.

No recuerdo, eso sí, que nos pusieran mucho bloqueador, al menos no como lo hacen ahora, parece que en esa época no se usaba tanto. Pero sí recuerdo esos filtros para los labios y nariz con el que jugábamos a pintarnos, y las plumas en la cabeza con que nos disfrazábamos de exploradores hacia las dunas.

El día se pasaba volando y la única forma de llevarnos a la cabaña era prometiéndonos un *grande finale*. Ñami.

Subíamos a ponernos lindes para tomar té. Nos turnábamos con la música, yo prefería los casetes de papá que los de mamá, pero había que ser democrático, luego ya cuando íbamos creciendo incorporamos varios otros nuestros a la lista.

Una panera de mimbre llena de marraquetas con un paño en el centro de la mesa, pan amasado o hallullitas re-

cién tostadas con burbujeante mantequilla que se derretía. Acompañada siempre por la leche, el tazón de leche, con diferentes sabores en polvo porque la leche sola no nos gustaba, y ya de más grandes nos dejaron tomar té con leche, hasta llegar al café con leche. Las más grandes batallas y guerras fueron con la Manena obligándola a tomar, hoy es intolerante a la lactosa, dicen que tanta leche hace mal, así que ni yo tomo, o sea sí, pero leche sin leche.

Luego ya nos arreglábamos para salir a caminar. Había que ponerse bonito, creo que el que más se demoraba de mis hermanas era yo. A mi mamá le gustaba sacarnos fotos a todes vestides iguales, y yo de más niñe siempre posaba. Ya sea por la Jose o la Rosario (hermanas menores), si había coche nos servía para llevar cosas y lo llenábamos como en recolección de material de construcciones, o para llevar recuerdos a Santiago.

Caminábamos buscando nuevos lugares para ver el atardecer y pedir el deseo al ver el último suspiro del día, representado en ese minúsculo punto verde cuando estaba absolutamente despejado, e ir a la feria en búsqueda de nuestro premio.

A mí me encantaba buscar la roca más alta, ojalá en el punto más recto frente al sol, pero a los adultos siempre les daba miedo que me arrancara muy lejos. Más que el naranja-rojizo del atardecer me gustaba el morado que salía después y antes de oscurecer, lo lindo era cómo todo eso se iba mezclando en el cielo, ojalá semi nublado, para formar pinturas únicas e irrepetibles, mientras los adultos soñaban con qué casa se comprarían si se ganaran el Loto.

La Mane decía que había que cambiar el gusto a mar salado antes de irse a dormir y elegía la palmera, mi mamá los cuchuflys y la Manena siempre quería los mismos barquillos, le gustaban solo los del Pepe, un señor de bigote largo, gorro rojo y voz acampá, que se ponía al final de la feria y le enseñaba chistes nuevos que no entendíamos, pero que a los adultos les causaban gracia. Yo, en cambio, siempre elegía una recompensa distinta, a veces barquillos, pan de nata, palmera, el espiral de churro con azúcar flor o churro relleno con manjar, papas fritas, cuchufli, cachito o churrasca.

Cuando las menores eran más chicas, les teníamos que compartir de nuestro premio, por eso casi nunca elegía las papas fritas. Ese olor inbatallable y adictivo para la Josefina le quitaba toda la gracia al paseo: yo tenía que bailar con

la bandeja traspirada dentro de la bolsa plástica, corriendo entre la gente, tratando de alejarme y esconderme para comérmelas solo, si no salía a pérdida.

Al comienzo del verano nos podíamos hacer una trencita de esas de hilo o macramé, que sí o sí se debían salir al llegar marzo, junto con ponernos ese gris uniforme terrorífico. Recuerdo que una vez pedí que me hicieran la trencita muy firme con un piojo de pluma blanca al final, me la hicieron tan firme que tuvieron que cortarme el mechón para volver al colegio.

En la noche, ya de vuelta, nos tocaba una ronda de cartas con la abuela, la Mane siempre tenía algún dulcecito guardado para nuestro segundo *finale*, pero ese era nuestro secreto.

Asociación libre

Cecilio del Pilar

Mis papás se dieron cuenta temprano. Yo bordeaba los diez años y usaba las cortinas de la casa para jugar a tener el pelo tan largo como la Daniela Romo. Y cortinas sí que teníamos, porque las usábamos de puerta para separar las piezas. Eran unos trozos de tela añosos que, a los ojos de mi mamá, combinaban con los forros que cosió a mano para los sillones heredados de una vecina que decidió cambiar el living. Cada vez que alguien se sentaba en ellos o pasaba por las cortinas, quedaba con el tufillo a polvo de las telas que no se lavan mucho. Con el tiempo descubrí que mi cabeza no era inmune al olor.

Y aunque todavía me lo cuestiono, creo que no fui muy discreto cuando grabé el *Pies descalzos* de la Shakira sobre el casete de Cachureos, el único original que me habían podido regalar. En ese tiempo vendían a la cantante como rock y yo ya no estaba de acuerdo con que el soundtrack oficial de mi vida incluyera *A mover el pollo*. Tampoco sabía que veinticinco años después bailarían el *Congelao* arriba del cubo

de la Blondie en sus fiestas kitsch, y que me iba a importar muy poco haber sentido el cuerpo helado y los latidos del corazón fuerte en mis oídos mientras me retaban por haberle hecho eso al casete original... y con la Shakira más encima, aunque fuera rock.

Tengo la sensación de haber sido muy obvio cuando la WWF llegó a mi vida y esperaba que a los luchadores se les viera algo entre alguna sacada de cresta. Poníamos el programa sagradamente en La Red mientras tomábamos once, pero lo único que lograba era que a mi hermano le bajara el instinto de atleta y macho dominante para pegarme de verdad en cualquier rincón de la casa. Y aunque yo pidiera ayuda, mis papás lo dejaban porque pensaban que era parte del juego. Nunca fue chistoso, y después de tantos años, tengo la hipótesis sin comprobar de que pensaban eso para hacer carne sus deseos más censurados.

Mi memoria funciona como un proyector de diapositivas en carrusel, en donde cada recuerdo está representado por una imagen en particular. Es un ejercicio muy fotográfico que al día de hoy no tiene registro de que alguien, alguna vez, se haya preocupado de decirme cómo es que una persona se defiende. Si me caía en la calle o alguien se reía

de mí, sabía que mi papá me iba a pegar. Él decía que yo era responsable por dejar que eso pasara. Esas personas decidieron seguir manteniendo con vida a un niño que ya entregaba luces de ser todo lo que no querían.

Pocas veces he vuelto a mirar ese entorno, pero tengo claro que fue allí donde aprendí a censurarme para sobrevivir y a intentar ser suficiente hijo para unos padres que condicionaban el cariño. No había espacio para mí y desde entonces se acabó la vida diurna, las cabelleras de diva, los hombres frotándose a la hora de once y las canciones cursis que tanta razón tenían porque todavía se siente el dolor, a pesar de que dicen que los años son sabios.

Y entonces nació Ada, la mina que decidió agregar en Messenger a un par de compañeros que me gustaban. Les enviaba fotos robadas de internet a cambio de imágenes reales en que, generalmente, se veía una guata pelá y el elástico del slip Mota que las mamás compraban en promoción. Ada disfrutaba conversando con ellos, riéndose y jugando en línea hasta la madrugada. A ratos preguntaba cosas subidas de tono. Le gustaba saber si los compañeros ya tenían experiencia sexual o si estarían dispuestos a explorar nuevas cosas en algún carrete. Le gustaba tanto el interés que mostraban en

ella, que cada noche doblaba las apuestas con tal de retener al chiquillo de turno, aunque fuera un ratito más.

Ada duró muy poco. Y aunque su imagen no me perteneciera, su existencia fue uno de los momentos más bonitos que he tenido. Sus historias, deseos, miedos y anhelos sí fueron míos, pero los perdí al entregárselos pensando que de esa forma podría validarme. Y lo hice. Fui la reina de esos adolescentes hediondos a pata y fanáticos de Evangelion, hasta que descubrí que pasarle mi historia a Ada significaba seguir en el rincón que me mantenía a salvo y anulado.

En la ducha tengo pensamientos y simulo conversaciones. Lo he hecho siempre, y el día en que Ada se fue, discutí con mi versión de doce años. Le exigí que me pidiera perdón por todo lo que no fue capaz de hacer para sanarnos, por haber guardado silencio y sonreír mientras lo molestaban en el colegio, lo punteaban en la fila para humillarlo y le cantaban la canción del chavón.

¡Y es que debería pedirme perdón ese pendejo mamón! Yo nunca le hice nada y aquí me tiene como consecuencia de sus decisiones. Impotente porque no sé cómo advertirle de su familia, no sé cómo entregarle mi amor, abrazarlo y contarle que no, que las cosas no van a estar bien pero que

al menos será llevadero y que logrará salir de ahí. Y es que todavía no sé si ese niño que sigue mirando las cortinas con deseo es hoy la idea de una persona o si de verdad podremos encontrarnos alguna vez.

Memoria

Otoño Sáez

A través de mis ojos y como un tercero me veo cuestionando mi reflejo, con estas manos moldeando mi cuerpo, aplastando mi pecho, moviendo lo que está y no debería estar ahí.

Y aquí están mis manos unidas en plegaria como mi televisión lo hacía por Bobby, aquella tarde cuando le pregunté a mi madre qué pasaría si cualquiera de nosotros fuera gay, la primera vez que la posibilidad se plantó en mi mente y nunca se fue.

Entre juegos de nunca nunca en una noche adolescente, en medio de ese parque con los pinos altos y luces cálidas entre ellos, el sabor a tequila barato, sonrisas y miradas cómplices, porque yo nunca nunca he besado a alguien de mi mismo género, o he bebido alcohol antes de esto.

Pero en mi mente se conservan las muchas citas a las que fui con la chica que conocí en la micro (gracias a One Direction) y como ninguno se percató en el momento de alguna insi-

nuación más allá de la amistosa; porque qué rabia no tener una polola, y cuéntame más de tus relaciones no straights que has tenido, mira lo mucho que tenemos en común.

Libreta de comunicaciones

G Nayakan

I

Señor apoderado:

Le escribo para informar que su pupilo tuvo que ser cambiado de puesto después de varias advertencias, pues solo se dedica a conversar con el alumno Álvarez. Rogamos que usted converse con él para no tener que tomar medidas más drásticas.

ATTE

Alicia Fernández

Profesora jefe

II

Señor apoderado:

Junto con saludar, le escribo para informar que está citado para mañana a las 8am en la oficina del director, pues su pupilo se niega a usar las duchas después de la clase de Edu-

cación Física, de la que por lo general se arranca, lo que es una falta grave al reglamento escolar.

ATTE

Inspectoría general

III

Señor apoderado:

Le informamos que su pupilo no podrá entrar a clases si no es con su compañía el día de mañana a las 8am, pues se le encontró en los baños junto con el alumno Álvarez haciendo cimarra interna.

Es necesario que nos reunamos en conjunto a la profesora jefe para ver de qué manera proceder frente a esta falta grave.

Se despide atentamente

Inspectoría general

IV

Señor apoderado:

Le recordamos que el reglamento escolar exige uso de uniforme color azul marino, cualquier prenda que no esté de

acuerdo a este será requisada, y el día lunes los alumnos que lleguen con el pelo largo serán devueltos a sus hogares.

ATTE

Inspectoría general

V

Señor apoderado:

Le escribo para citarle para el día miércoles a las ocho de la mañana, pues su pupilo ha solicitado cambiarse de curso. Creo que es importante que conversemos en conjunto con la jefa de UTP si es la mejor opción para su hijo, pues recordemos que los apoderados del alumno Álvarez decidieron cambiar a su hijo al 8°C para evitar que se relacionen durante el horario de clases.

Quedo muy atenta a su respuesta.

Alicia Fernández

Profesora jefe

VI

Señor apoderado:

Le informamos que el próximo viernes tendremos la visita en nuestro Establecimiento de un comité de expertos sobre sexualidad que darán una charla para los alumnos, para esto es necesario que usted mande una autorización con sus datos y los de su pupilo, expresando que está de acuerdo con que pueda recibir esta información.

ATTE

Dirección

VII

Señor apoderado:

Me comunico con usted para informar que las inscripciones del taller de fútbol están abiertas, se habló con su pupilo y se niega a participar de estas actividades extraprogramáticas, es por esto que le escribo, creo que sería bueno para él participar de este taller y así poder socializar con compañeros hombres, pues después de la partida del alumno Álvarez solo se junta con compañeras.

Le dejo esta información para que lo puedan hablar en familia.

Quedo muy atenta a su respuesta.

Alicia Fernández

Profesora jefe

VIII

Señor apoderado:

Junto con saludar, le escribo para recordar que a finales de mes deben estar pagadas las cuotas del curso, para así poder comprar los regalos de fin de año. Como se acordó en la última reunión de apoderados, para las niñas será una agenda Pascualina y para los niños una pelota de fútbol.

Mamá, quiero la Pascualina.

Polillas en el jardín

Espada Riberas

Me veo a mí misma como una polilla persiguiendo una luz que es evidente, está ahí, pero sin poder alcanzarla. No logro ser una con ella, de serlo, de todas formas pereceré. Creo que es aquello lo que me detiene. ¿Realmente será culminante? Siento que si me dejo vivir, explotaré. Pero no puedo seguir soñando. Soñándola.

Este semestre me las he pasado en casa de la Sofía. Estudiamos juntas, hacemos los trabajos juntas, y cuando tenemos prueba me quedo a dormir. Ayer sábado me invitó al cumpleaños de su papá, me siento bien porque soy la única amiga que invitó, debo significar algo.

Hoy hemos tenido un domingo flojo: su mamá nos trajo desayuno, luego almorzamos en pijama y de ahí nos bañamos. Me prestó otro pijama limpio, así que me quedaré de nuevo y mañana nos vamos juntas a la universidad.

Desde que nos conocimos hace unos meses, pareciera como si no necesitáramos otra compañía, aunque sí las tenemos. Compartimos comida, botellas de agua, consejos de sexo oral, una vez hasta me mostró su pezón porque lo tenía hinchadísimo cuando estaba con la regla.

A escondidas nos acostamos en su cama después de haber visto un maratón de comedias hasta tarde. Antes de que empezaran los créditos me sugirió que durmiéramos juntas mejor, para así conversar sin hacer ruido, también me dijo que extrañaba a su pololo y que se había acostumbrado a sentir otros pies. Aunque sus papás no lo saben. No le permiten otras personas en su cama, cuando invita a alguien más, ponen un colchón, como esas camas nido. No son para nada religiosos, solo muy ubicados y amables. Pero no sé si alguna vez invitó a alguien más, así como a mí.

Me cuenta que tras esperar un mes y que le pidieran pololeo, tuvo sexo con el Martín. Me comenta que no lo encuentra bonito, pero que le gusta. Eso es lo que importa, le digo. Y de pronto, yo soy aquella luz, ella me busca y me encuentra. Primero mis pies, luego mi estómago, abrazándolo. Abrazándome. Tomo su brazo que rodea mi cintura y cierro mis

ojos, me concentro en su respiración en mi cuello que, pese a ser tibia, eriza mi piel y me da un calosfrío que no consigo disimular, aunque no es necesario. Juntas no sentimos mucha vergüenza de nada. Quizás solo han sido unos minutos, pero el silencio y la oscuridad hacen que se sienta como si más tiempo hubiera pasado. No logro dormir y por su respiración adivino que ella tampoco. Estiro mi cuerpo y cambio de posición, me doy vuelta y su brazo no deja mi cuerpo. Estoy a menos de quince centímetros de su nariz y en ella respiro muy fuerte,
sigue sin soltarme,
abro mis ojos y me encuentro con los de ella,
no nos alejamos,
pero nos miramos acordando, en silencio,
no avanzar más.

Con tus uñas largas y siempre pintadas color carne

Agustín Flores-Muñoz

Por esos años ella cuidaba a su madre, a quien le habían dado sus últimos días de vida producto de un cáncer al estómago. Con sus hermanas hacían duplas rotativas en las noches. Eran cinco, por lo que a todas les tocaba dos o tres veces por semana. Además de los días en los que hacían el bingo a beneficio, venta de sopaipillas, pan o empanadas para costear el balón de oxígeno, por el asma crónico que se sumaba al prontuario médico de su madre.

Los días que no le tocaba cuidar a su madre, se juntaba de noche con sus amigas a tomar pantera rosa y jugar canasta, entre cigarros, ases, picas, corazones y diamantes gastados. Con Álex Bueno, o alguna banda tropical que acompañaba y mantenía encendido el trasnoche. Con los críos en el living entre Mario Bros y Donkey Kong. Con los maridos de sus amigas metidos en una mesa de pool, excepto el de ella. Así eran las reuniones con las señoras del pasaje. Era una más de ellas, que se ponían en la ventana con el pucho

y la luz apagada. Entre el insomnio de una bala loca y a ver quién entra y sale de la casa de la vecina.

Por esos mismos años, recibió a más de un sobrino en su casa como a un hijo, escondiéndolo de algún matón que lo andaba buscando para ajustar alguna cuenta de plata, droga o amor. Así recibió a uno y otro y otro. Un desfile de sobrinos, algunos se quedaban más tiempo que otros. Algunos regresaron más de una vez. Tenía una casa de rehabilitación o cuidado personal de familiares delincuentes.

En esos años, se quedaba un sobrino en especial que compartía pieza con uno de sus hijos. Había dejado embarazada a la polola de un traficante.

Entre su casa de rehabilitación-escondite y las visitas a su madre, se había convertido en cuidadora profesional. Mientras que sus hijos mayores regresaban ebrios cuando ella no estaba, asimismo su esposo. Si le tocaba dos días seguidos cuidar a su madre, dos días de alcoholismo en su casa. Y además ese sobrino que se metía por las noches a la cama de su hijo chico.

Desde que le conté a mi mamá, no ha dicho nada en veinte años y sigue usando el mismo color carne en sus uñas largas.

Lecciones de manejo

Alex Fuentes

Tomas las llaves de la camioneta, me miras, ¿lista para practicar?, me preguntas. Con una sonrisa y tus ojos chinos me desafías, asiento: Te sorprenderé, viejito. Hace días que no me invitabas a practicar, las cosas habían estado extrañas este último tiempo.

En la dinámica de subirnos, y seguir la rutina de manejo seguro que me enseñaste, tomo el cinturón. Acuérdate de ajustar el asiento, me dices, aún no creces tanto. Me río, soy más grande que tú.

Lo importante es ser responsable al conducir, comentas y a mí me sudan las manos; eres el mejor maestro, pero también el más exigente. Es tu política de vida, dar lo mejor de ti sin importar el precio. Llegamos al costado de la carretera, sanos y salvos, me felicitas por mantener la calma. Ahora me explicas que me vas a enseñar las partes más complejas de manejar tu camioneta; me señalas cómo tener cuidado en los tirones y, sobre todo, lo importante que es el juego de pies al manejar una camioneta como la tuya. En algún mo-

mento, mi nerviosismo me hizo hacer un mal juego de pies y me señalas lo importante que es concentrarse en lo que uno hace, asiento, mientras siento el sudor en mis manos.

A mí no me importa a quién ames, me dices en la pausa de volver a retomar la conducción. Solo quiero que seas feliz y que seas una buena persona, hija. Sonríes y agregas con voz entrecortada: Por favor elige a alguien que te haga feliz, que yo solo eso quiero para ti, nada más. Yo te voy a amar siempre. Observas mis manos sobre el volante y giras tu cabeza para mirarme, en un instante tomas un largo respiro y me dices: Te amo, hija, con voz entrecortada.

Esa sería nuestra última conversación.

Fucsia

Paz Ortiz

Recuerdo las muñequitas de papel, esas que una recortaba y vestía. Yo les pegaba la ropa con Stick Fix para que nunca más se pudieran desnudar.

Recuerdo los entrenamientos de baby. Nunca hice un gol, pero vi a la reina mechona sin polera.

Recuerdo el artilugio de goma que transformó mi clítoris en glande solo para la Gringa.

Recuerdo esos shortcitos de mezclilla que exhibían el preámbulo de una porno soft, al caminar por los pasillos del Santa Isabel.

Recuerdo el olor a rosas y marihuana de los pezones de Laura.

Recuerdo un muslo piedraluna que llevaba tatuada la misma ancla que yo.

Recuerdo el gusto a cebada y aceite viejo de los besos en el sucucho del frente.

Fragmentos

Javiera Vásquez

I

La hilera de sus pestañas agitándose contra mi rostro. La risa cómplice después de tomarnos las manos en secreto bajo la mesa de roble. El roble enmohecido por los años, todo roble, tanto roble. El reloj quieto siempre a las 18:30, ni un solo minuto más. Los murmullos de las personas, que dejaban de importar en cuanto nos tomábamos del rostro. Alguna que otra señora que sí se atrevía a detenernos para decirnos que lo que hacíamos no era natural y que iríamos al infierno, pero nosotras no queríamos su cielo si habrían personas como ella. El *no me dejes nunca* que dura solamente dos años. El correr entre la gente porque, como siempre, nos había costado soltarnos e íbamos a perder el tren —tal vez lo presentíamos desde ya.

II

Algo pasa en el mundo cuando se camina en reversa, contra todo pronóstico y reloj. A veces una recuerda. A veces una

vuelve a ser la niña que se asusta al darse cuenta de que no le gusta un niño, como a todas sus amigas. A veces una se da cuenta de que ha estado caminando siempre a contracorriente y que no hay modo de volver los pasos. A veces una piensa que hacia delante siempre hay destino, pero teme descubrir qué ocurre al caminar en dirección opuesta. A veces una sabe que nadie habla de eso sin adjuntarlo al tópico de la discriminación.

Qué haré con el miedo, decía Pizarnik.

Qué haré con el miedo.

Qué haré con el miedo.

III

Yo pensaba que era la mujer más hermosa del mundo. Vestía atuendos oscuros y el cabello a la luz le ardía como el fuego. Cambiaba a diario el color de sus ojos y, al llegar a casa, le agredía una jaqueca que le obligaba a quitarse los lentes de las pupilas.

Mañana tras mañana, como si yo fuese un talismán, me pedía cruzar los dedos para que el furgón de su trabajo llegase pronto, y yo los cruzaba a pesar de que no quería que se fuera.

Entonces ella se iba.

Ese era de los pocos momentos que podíamos compartir en el día, y yo, poco a poco, tejía hileras que se transformarían en un vuelco en el pecho cada vez que me despidió de alguien.

IV

Crujían las hojas bajo nuestros pies y el viento ceñía trozos de árbol alrededor de nuestras piernas. Luego tendríamos que quitarlos uno por uno para no tener que responder la pregunta de dónde estuvimos. Y cantábamos esa canción que decía: *Ingrata, goza tu gusto; déjame a mí padecer; que una sola vida tengo; y por ti la he de perder*. Cantábamos hasta intuir el primer indicio de sombra —porque antes que cualquier cosa, éramos mujeres con el miedo de nuestras ancestras— y así nos íbamos, y así cada estación.

Aunque de pronto ya no me gusta el otoño.

V

Invierno.

Un día, de la nada, la niebla
cubrió al sol, y el frío se hizo presente
como ese invitado que llega sin avisar,
y se queda para siempre.

Del calor anterior no hay ni destellos.
Solo nos espera posarnos frente al fuego
y desear que no vaya a quemarse todo
por un descuido, o tal vez esperar que sí.

Todo ocurre en la mente,
no hay estaciones, ni fechas.

VI

El recuerdo se aquieta solo cuando
los ojos miran hacia adentro y cesa el tiempo,
y los grillos cantan esa música noctámbula,
insistente, de encuentros y pérdidas.

Hay que cerrar los ojos e inhalar
para exhalar el recuerdo,
y para que el tiempo haga lo suyo
con el duelo y con el canto del grillo.

25 de agosto

Karen Hernández

¿Por qué me besó? ¿Solo quería experimentar conmigo? ¿Lo hizo por diversión o quizás para molestarme? ¿Habría hecho alguna apuesta? ¡No! Ella es atenta, hasta me hizo albóndigas el día que me terminó mi novio.

Yo no me parezco a la chica de la que está enamorada. Ella es amable y yo soy tosca al hablar, ella es de buen cuerpo, excepto por esa nariz de perico, pero mi nariz es ancha y no tengo pechos. Ella la dejó plantada en su primera cita y yo estoy aquí tratando de resolver en mi cabeza ¿por qué me besó?

El beso no estuvo tan mal, mmm... sus labios eran delgados y fáciles de morder, su lengua parecía conocer a la mía de mucho tiempo, mi cuerpo experimentó un despertar húmedo, sentí cómo me recorrió un calor desde lo más profundo de mi cuerpo hasta mis oídos, la sentí en mis pestañas y en la mugre que se aloja en mi ombligo, tanta humedad en mis zonas prohibidas me hizo alejarla, mmm... ¡Debo enfocarme! ¿Por qué me besó?

¿Se arrepentirá de besarme? Mmm... Solo fue un juego, sí, eso fue, nuestro primer beso lésbico. ¿Por qué tengo caliente las mejillas!... ¿O ya había besado otras chicas? Jamás me lo ha contado, quizás no somos tan amigas. Yo solo probé la boca de un alcohólico, un fumador y un adicto a las pastillas de menta. ¿Qué me quería ocultar?... Su aliento tenía un sabor dulce, como si supiera que me iba a besar esa noche. ¡Lo planeó! Sí, solo fue un juego, total no somos tan amigas.

¿Cómo fue que la conocí? Mmm... No recuerdo si fui amable. ¿En serio me considera su amiga? ¿O quiere que seamos más que amigas?... Yo solo soy buena para coser faldas y vestidos en máquina ¿De qué le serviría eso si jamás la he visto con ese tipo de ropa? Ella me tomó de la mano cuando vio que me daban miedo las alturas y me acompañó a la dirección a reportar cuando mis compañeros tiraban mi mochila a la basura. ¿Y si le gusto? ¡No!... Ella es obediente con su familia, jamás saldría del clóset por ellos, o ¿lo haría por mí? Yo no le he hablado a mi madre desde hace meses, después de que la vecina me vio salir del bar, "Mamá no lo sabe". Ashhh... Ya estoy divagando otra vez.

—No te vayas, hay que hablar de lo que pasó anoche, primero te pido disculpas por mi arrebato de seguirte el beso. —*Pero te lo paso por ser mi amiga.*

—¿Por qué lo hiciste? ¡Espera!, no me contestes, déjame hablar primero, ese beso no estuvo bien y entiendo que lo hiciste por juego, hagamos de cuenta que no pasó, y sigamos siendo amigas. —*Me gustas así o quizás me gustas más que eso... ¿En qué estoy pensando?*

—No te escuché bien... ¿Yo te gusto? ¿Cómo? —*¡Yo le gusto! ¡Me están sudando las manos! Pero a mí no me gusta... ¿o sí?*

—¿Estás enamorada de mí? Pero a ti te gusta N. —*Quizás estas confundida, sí, eso es, nunca me diste señales, ¿o sí?, las invitaciones a tu casa a comer cuando solo tenías 200 pesos para comprar la despensa de la semana. Pero yo siempre te pago el combo nachos del cine, mmm... La vez que me gritaste “Te amo” mientras bailaba encima de esa tarima floja, que se podía caer en cualquier momento... ¡Obviamente estabas jugando! Y la vez que me dedicaste la canción “Aunque no te pueda ver” de Alex Ubago, sin saber que ese día reprobé el examen de Biología y me escondieron mi mochila por milésima vez... Y esa vez que*

te presté la blusa rosa porque te salpicó un carro y me la regrese lavada, planchada y con olor a Suavitel de bebé... ¡Naaa!, no soy linda contigo, tú tienes la iniciativa de hablarme por texto, pero cuando yo te extraño te llamo por teléfono y me vale si estás ocupada con tu familia, ¡ves que no soy buena para ti!

—¡Te gusto desde hace tanto tiempo y no me di cuenta!... ¡Estás bromeando! ¿Cómo te puedo gustar si me gustan las series de asesinos seriales y a ti te dan miedo? Odio las películas de romance-comedia y son tus favoritas, en el grupo de baile me odian solo porque no seguí los caprichos de N, como no hablarle a nadie sin su permiso, y tú les agradas porque sabes contar chistes, a mí me hacen caras cada vez que paso a atención al cliente de Walmart porque reclamo los pesos que me cobran demás en las ofertas y tú lo callas con tal de no llamar la atención, y sobre todo me quejo de ver cómo te menosprecia tu familia, siempre dándole la razón a tu hermana menor por ser el “bebé” de la casa y siempre te tienes que ir cuando ella ya se hartó de ensayar. ¡Perdón! me sobrepasé... Pero es la verdad, eres tan dulce conmigo y yo solo te muerdo, a lo que quiero llegar es que no soy tu tipo. —*A ti te gustan morenas, yo soy blanca; a ti*

te gustan románticas, yo nunca he dedicado una canción ni he escrito un poema; a ti te gusta que vistan femeninas, yo no salgo de los mismos tenis blancos con tonos cafés de tanto caer en los charcos, el pans negro que no se amolda a mi cuerpo y el suéter gris que tiene dos pozos en la bolsa delantera; a ti te gusta cuidar a tus sobrinitos imaginando el día en que tengas en tus brazos a tus hijos, yo no quiero tener hijos.

—¿Cómo que te dé tiempo? —*¿Ya no quieres ser mi amiga? Yo sí quiero ser tu amiga. Me gustan las enchiladas picosas y la morisqueta sencilla que me preparas, me gusta platicar hasta las tres de la mañana de un futuro apocalíptico y cómo vamos a destrozar la universidad si me reprueba el profe Ávila. Me gusta caminar por horas en el centro y malgastar el poco dinero que tengo, comprando chicharrones con verdura y una Coca congelada, ¡tú favorita! Y esos plumones que nunca he tocado pero me hacen falta en mi colección. Odio que te vayas de vacaciones y no me lleves en esa maleta verde fosforescente... simplemente me gusta estar contigo.*

—No sé qué decirte, estoy confundida. —*No sé qué siento por ti, o sea sí sé... ¿o no? ¿Por qué me haces preguntas tan incómodas? Si te digo que sí, mis padres me matarían, tendría que*

sacar todo esos sentimientos que me hicieron guardar en una libreta que terminé quemando a la fuerza, el año de terapia sería en vano... ¡Espera! Mi madre evita hablar de mí con sus amigas, porque no pude continuar en una relación con un tipo manipulador y agresivo, pero eso era mejor a estar soltera y pensando en mujeres. Mi padre piensa que soy una más del montón que debe buscar marido para tener un estatus social.

...

¡A la mierda todo! —¡Espera!... ¡no quiero perderte!—. Me urge sentir en mi boca tu aliento otra vez. ¡Te necesito! Mi cuerpo no será el mismo después de que tus manos jugaron y saborearon mi cabello y espalda, después de sentir tus pechos asfixiando a los míos, y tu sudor mezclado con ese perfume que desconozco su nombre pero agradezco al que lo diseñó. ¡No te vayas! ¡Quiero ser más que tu amiga!

Maricón Daza

Jorge Volpi Bravo

El maricón Daza creo que fue una de las primeras imágenes que tuve de niño de lo que era ser maricón, tampoco sabía muy bien qué significaba eso. Esa palabra, que sonaba dura, como una patada en la espalda a la que sigue el silencio.

De alguna manera entendía que no tenía que ser como él. Aunque teníamos algo en común, una parte de mí lo sabía.

El maricón Daza era un hombre mayor, medio cojo, siempre lo veía solo, caminando por el barrio, vivía cerca de mi casa. Vestía un terno gris y un pequeño gesto se dibujaba en su sonrisa chueca.

Una vez escuché que él era parte de una familia que tenía un prostíbulo, por ahí cerca, era un sitio desconocido, se escuchaban disparos en la noche. A veces me acercaba a me-
rodear en las tardes.

Lo veía pasar, silencioso caminando muy lento, por los pasajes oscuros del barrio, me daba una sensación de soledad y de algo distante.

Una tarde lo vi con un cabro mucho más joven, caminando abrazados, yo iba rápido en bicicleta y los vi juntos, se iban besando, solo escuché su risa.

Objeto

Andy M. León

Su cubo tenía seis colores, aunque a veces estos se mezclaban entre sí y formaban más.

Le enseñé a armarlo y me lo prestaba con frecuencia. Se revolvía en movimientos simples: seis caras eran y de seis formas podía armarse.

La cortesía sugería armarlo por la cara blanca, pero, aunque funcionaba, no permitía realmente conocerlo.

Por las caras verde y azul los años lo habían ablandado, al rotarlas casi se oían risas; eran los buenos momentos.

Las caras roja y naranja tenían piezas intercambiadas; comenzar por allí lo hacía imposible, frustrante e incomprendible.

Por la cara amarilla se atascaba, quedaba inutilizable, enderezarlo parecía llevarnos siglos y dolía. Una vez lo estrellé contra la pared, se fragmentó en pequeños cubos que casi asemejaron lágrimas. Lo armó y lo dejó apoyado en el escritorio con sus seis colores íntegros.

Se llevó su cubo en un avión un día. El mío llegó meses más tarde en una caja con una nota, y así han venido otros. Cada color, un recuerdo.

A aquel cubo lo veo a través de una pantalla, ahora es unicolor o más bien transparente, solo se desarma en los breves instantes en que la imagen se cae.

Pero yo ya no necesito verlo, sé armarlo con los ojos cerrados.

De mí para Ti

David Alejandro

Hola.

¿Sabes? Cada vez que hablo contigo termino llorando.

Hoy es el día del orgullo y estoy triste.

¿Por qué estoy así?, no lo sé.

Es difícil de explicar, tal vez porque me embriaga la nostalgia.

¿Qué extraño? Al que era y ya no soy. ¿Te acuerdas cuando era un adolescente? Ufff, ¡qué tiempos aquellos!, cuando creía en la pureza y estaba dispuesto a entregarte mi carne, mi semen, mi sangre, en fin, te ofrecía el alma y era honesto conmigo mismo.

¿Qué ha cambiado? Tú lo sabes mejor que nadie: todo. Y ahora —cuando me presento ante Ti— me da una vergüenza infinita ver en lo que estoy convertido: un mensajero del Caos, del desorden, una contradicción con patas.

¿Cómo te lo explico? Me siento como Mitia Karamázov, que sabe que va cayendo al abismo y se regocija en ello; o como Ángela da Foligno cuando cuenta que se siente colgada entre el cielo y la tierra y sufre horribilmente; o tal vez, la mejor comparación es la del endemoniado de Gerasa a quien Tú sanaste: lo habían intentado amarrar con cadenas y las rompía, la gente le tenía terror, porque más encima el pobrecito andaba en medio de los sepulcros, golpeándose el cuerpo con piedras y desnudo, reducido a la última miseria humana posible. Me siento un alma sin redención ni cerdos que me ayuden.

Creo que hace rato que tengo un lugar en el infierno. Pero no me da miedo, lo que me revuelve el estómago es sentir que en ese lugar en llamas no estaré en Tu presencia y no podré recibir ni una palabra, ni una mirada ni un abrazo tuyo por toda la eternidad (el fuego me tiene sin cuidado, toda mi vida he vivido en él).

Lo sé, pero te lo repito: no siento que yo te ame a Ti como lo mereces. Mi nombre significa “el amado de Dios” y fue profético que mis padres me sellaran con este mote, no hay segundo de mi caminar en que no me hayas amado. No eres

Tú, soy yo. Como tu rey amado, soy un auténtico hijo de puta.

Igual gracias por escucharme, solo anhelo poder llegar un día a decirte como la Gran Histórica Teresa de Jesús: Amor mío, vida mía.

¿Tú crees que eso sea posible, Nazareno?

Historia de mi cascarón

NicoLau

III

Él tenía menos pelo que en las fotos. Le pedí que caminara unos metros más atrás. Descuento de estudiante. ¿Doce horas o un momento? Dos piscolas y unas papitas Marco Polo. Una canción de Miley Cyrus mientras me soplaba la espalda. Un jabón lleno de pendejos ajenos. Tirado en la cama, vi cómo se secaba el cuerpo con confort. Lo pasó mejor la mujer de la otra pieza.

II

Era mi cumpleaños.

Mi hermano grande grababa con la cámara que mi papá trajo de México. En mi casa, afuera de la ciudad, camino a la montaña que tragó soldados, hacíamos una competencia de baile con el maricón del curso.

En el video, él movía sus caderas, sus hombros y todo su cuerpo. La toma iba de él hacia mí, varias veces. Mi hermano, cuando lo apuntaba, comentaba que era una mujer. Cuando me apuntaba a mí, decía que era un hombre. Mi papá se rio y dijo *te pasaste*.

Yo también me reí, solo que no me hizo gracia.

I

Cuando la visitábamos del sur, ella nos preparaba para salir a comprar al súper, embetunándonos de bloqueador y peinándose por última vez la melena rubia. Nos prometía la recompensa inquebrantable de pasar por el shopping Madrid a comprar un raspe si nos portábamos bien. Quizás sabía que nosotros teníamos que vivir esa adrenalina fácil, descubrir nuestro destino con una moneda de diez pesos.

Luego nos ofrecía una mano decidida y nos llevaba a alimentar las palomas. Eran manos con olor a crema. Ese era el olor de la Yeyi y el del pie de limón en la cocina mientras sonaba una ópera. Incluso olor a limpiavidrios, que me enseñó a pasar con diario ya leído y a secar con toalla nova.

III

Qué lindo sería morirme ahora, me dijo con un hilo de voz. El médico me había preguntado qué podía hacer para que se calmara y yo decidí poner la canción de Charles Trenet que le gustaba tanto: *La Mer*. Le recordaba a sus tiempos mozos en Iquique, antes de conocer al Ito, con el que se casó por miedo a ser una mujer solterona y toda la condena social que eso implicaba.

La tomé de su mano con olor a crema y la acompañé a la clínica en la ambulancia hasta que llegaron sus hijos y los otros nietos. Recuerdo su cabeza rapada en esa camilla de la clínica, vi el llanto del Ito, pero nos perdimos ese chiste ingenioso que habría dicho la Yeyi por el tubo que le drenaba la sangre de la cabeza brillante, y el que solo ella sabría contar. Esa vez, la adrenalina fue difícil de digerir. Al día siguiente me internaron por segunda vez.

III y II

Mi hermano cruzó la raya de esa puerta sin pestillo.

—Me contó la mamá de tu decisión y quiero que sepas que estás destruyendo esta familia.

Me exigió que el Maxi creciera sabiendo que la familia era entre un hombre y una mujer.

Lo empujé de la pieza, llorando, y bloqueé la puerta como un pestillo humano.

II

Me recetaron morfina para el post operatorio y no me servía solo para eso, sino que también para ver tranquilo los Simpsons. Escuché a mi mamá decir que yo me pasaba pajeando en su pieza, así que, temblando, partí a enfrentarla. Dije que las paredes de esa casa eran de cartón, mientras el dolor de cabeza aumentaba.

Ya en la clínica, me llevaron a una salita donde me tomarían una radiografía de tórax, donde creí entenderlo todo porque al mirar hacia abajo vi cómo mis pechos crecían y se achicaban, tomando un aspecto de mujer y luego volviendo al mío. Le pregunté a mi mamá si era por eso, pero yo ya no entendía sus palabras. Vi los virus verdes moverse por mis venas, atacando todo mi cuerpo, y mi formación católica me hizo implorar a Dios que me salvara de los demonios que me estaban poseyendo.

I

Mi hermano corría y gritaba por el potrero con un huevo en la mano. Atrás el resto de nosotros. Más atrás, volando en picada, la madre del treiler no nacido.

Corríamos con las manos en la cabeza, tratando de bloquear los picotazos amarillos. Mi hermano se agachó y agarró un palo, se dio vuelta, y lo lanzó directo al pico de la mamá-queltehue.

Parados alrededor del cuerpo inerte de la madre, antes de taparla con tierra, pensé en que debí quedarme en la casa practicando coreografías con mis primas.

III

Cuando le conté a mi Yeyi que era fleteo, me tomó con sus manos de telita con manchas cafés y dijo: A mí lo único que me interesa es que tú seas feliz.

Por eso la miré a ella la navidad en que fui maquillado como pájaro tropical donde mis abuelos. Cuando el Ito preguntó cómo nos gustaría que fuesen nuestras familias en el futuro, y luego de que mi hermano respondiera que más ordenadas económicamente, yo dije que más libres.

—¿Más libres en qué sentido?

—Libres para amar, para desarrollar sus proyectos de vida...

—No entiendo, ¿quién no ha sido libre en esta familia?

Quizás esperando que hablara de mí y de mi cascarón, le respondí:

—Las mujeres de esta y cualquier familia, por ejemplo. Eso me parece que es un dato histórico, ¿o no?

Frunció el ceño y pareció estar de acuerdo, solo que a regañadientes. A mí me hizo gracia.

II

El timbre de mi casa sola, el beso, el abrazo y el olor a chivo. No sé cómo huelen los chivos, pero estoy seguro de que es así. Ese olor a movimiento, a feromonas, a invitación al sexo que nos llevó rápidamente a mi cama. Bastaba con cerrar la cortina tirando del rosario de bolitas para que la virgen del San Cristóbal no nos enjuiciara. Me subí encima de él, se subió encima de mí, yo moví mis caderas, mis hombros y todo mi cuerpo, me sacó oro y hasta me tiré un peo y le dije que eso era un gracias. Me estoy hueviando que dije eso, pensé,

y cambiando de tema le ofrecí ducharse. O no recuerdo si él me lo ofreció a mí. Quizás fui yo, pero terminamos metidos en la tina con agua congelada porque mi mamá no pagó la cuenta del gas.

I

Jugábamos a la mamá y al papá con el Ignacio, mi vecino. Cuando los hermanos ficticios se aburrían del juego, se iban y nos dejaban tranquilos. Tocando la raya. El Ignacio se sabía todas las capitales del mundo y a mí eso me calentaba, quizás. O al menos me daban ganas de ser la mamá para él, qué se yo. No había tiempo para pensar en esas cosas cuando el Ignacio se me montaba encima y simulaba una penetración de papá a mamá. Me gustaba sentir que en esta cancha había muchas rayas, pero a esta mamá y a este papá no le interesaba nada de eso. Ellos querían trazar las rayas de su juego original.

Insensato corazón

Lady Roots

Necesito vivir un nuevo amor, y lo sabes, ahora soy cautelosa por los errores cometidos en el pasado, por mi bienestar, necesito encuadrarte para que quede todo claro y después no andes lloriqueando.

Me encanta mi soledad e independencia, pero coincido contigo, cuando dices que tener otro abrigo es mejor para pasar el frío. ¿Recuerdas que somos amigos? ¿Seguro que eres leal a mí?

A veces, lo dudo, me has decepcionado antes, eres majadero, testarudo y enamorado. ¿Por qué insistes que es la indicada? ¿Y si acaso, no lo es? ¡Para y no seas tan fácil!, no quiero volver a sufrir, ya hemos hablado esto antes.

¡Tonto corazón! No pretendo entregar tu llave, aún no me convence, creo que mejor nos vamos con calma, es lo correcto.

Ella no me da ninguna seguridad, son solo especulaciones, ¡tú ves cosas donde no las hay! Tal vez, no estoy preparada todavía para lanzarme al vacío como Vanilla Sky.

¡Te propongo algo! Conozcámosla primero, y luego decidamos si vale la pena jugársela por ella, o mejor nos damos media vuelta, antes de que todo se desvanezca y así el caos vuelva.

¡Siempre salgo trasquilada y a ti pareciera darte lo mismo!

Si no trabajamos en cohesión, se dialogará contigo sin diminutivo, por ser un insensato mezuino.

Colegio de hombres

Mique Marchant

Algo en mí se encendió por tus pelos. Tus pestañas largas y crespas; los que pude ver revueltos de sudor en tu axila cuando te sacudiste la arena de la cabeza; también aquellos que tuve que mirar, haciéndome el leso, aparecer debajo de tu ombligo sobre el elástico del bóxer cuando levantabas los brazos; los pelos de tu brazo rozando el mío en los asientos pegajosos del bus de vuelta de la playa, un audífono tú y otro yo mientras me quedaba muy quieto para no separarme de tu piel, queriendo tocar una superficie mayor, sonreíamos celebrando cuando nos gustaban las mismas canciones, respiraba hondo para que me llenara el perfume agridulce de tu cuerpo, los dos húmedos de correr para no quedarnos abajo del bus del curso. No importaba que nos vieran.

Recuerdo picoso en mi nariz el olor del pasto en que nos habíamos caído horas antes de estar en mi cama esa tarde, aroma tornado a sabor mezclado con tu piel humeando sal, tendidos mirándonos con la respiración entrecortada,

la primera vez que nos besábamos, empecinados en la tarea acometida de la ternura, los labios abriéndose, las lenguas mojando, el desborde de una tensión de meses, la detonación que desmoronó una represa, explosión cuyas esquirlas aún vuelan dentro de mí.

Le conté todo a Guille pasando por la plaza de la villa, no podía parar de sonreír. Él era mi nuevo gran amigo, un par de años mayor y más alto, con su peinado de hombre serio por el que algunos lo molestaban. Nos presentó Nacho en el patio, por eso me alegré cuando supe que vivíamos tan cerca, un nuevo pero gran amigo, pensaba yo. Él sonreía también, mientras le contaba mis historias.

Dijiste que no querías morir solo, lo dijiste y te pusiste a llorar frente a todo el grupo de pastoral, hasta frente a las niñas de las monjas. Yo no estaba ahí. Me lo contó Tomás un poco en chiste y a mí se me llenaron los ojos de lágrimas. Pensé en las veces en que estuvimos acostados, las cartas que nos pasábamos en la sala demorando el tacto de los dedos, hablar por teléfono cada noche durante horas hasta que tu papá o el mío decían que ya estaba bueno ya, todo nos ocurría en una dimensión aparte, las manos descubriendo al otro cuando

estábamos solos, pensé en el ritual de repetir tu nombre en mi mente cada noche hasta dormirme, un mantra para que me creyeras cuando te decía que te amaba, nada de eso estaba contigo, yo no estaba contigo.

Íbamos con el Chino saliendo de su casa a verte. Sentí perforarse mi estómago cuando el auto de mi mamá dobló la esquina con escandaloso chirrido, y se montó en la vereda como para atropellarnos. Quedó a un metro de mis rodillas. Súbete al auto, gritó la señora abriendo la puerta del copiloto, me subí, dime que es mentira, volvió a gritar.

La Andrea me hacía reír. Nos pusimos a pololear porque yo le gustaba. Incluso pese a saber que el Feña la quería. Hace tiempo no aparecía con polola por la casa, y ya empezaban las preguntas que me hacían sudar la espalda. Estar con ella me daba una satisfacción que me vaciaba. Después de juntarnos, llegaba a mi pieza y el techo parecía aún más blanco. Estuvimos juntos hasta que en las vacaciones de invierno dejamos de buscarnos, nuestros grupos de amigos se mezclaban los viernes a la salida, ahí la conociste tú.

Busqué tu cara en el mar de mejillas enrojecidas y de corbatas mal puestas, entré y salí a tirones del tumulto de chaquetas azules y camisas blancas, me tomaste del hombro para avisarme que estabas bien, entonces pude verlos, al Pato y al Nacho a empujones en medio del círculo de pégale, pégale, maricón. Horas después encontré al Pato sentado en la pileta afuera del colegio, llorando con un ojo como una ciruela, tartamudeando que no podía creer que el hueón que lo esperaba después de clases para abrazarlo, además de haberle pegado, ahora no le hablaba, todo el mundo sabe, qué cosa, todo, dijo con voz de derrumbe, alguien debe haberles contado. El Guille lo admitió, sonriendo, cuando le pregunté.

Recuerdo la carta que me pediste no leer hasta estar en mi casa. Partiste en tu bicicleta y yo esperé en el bandejón a perderte de vista. Una pena premonitoria me mandó de vuelta pedaleando entre lágrimas.

Le dije a mi mamá que no iría con ella para el año nuevo, sin decirle que en verdad quería quedarme solo para hacer una fiesta a la que invitarte. Se puso a llorar y con una voz que jamás le había escuchado me dijo que nunca esperara nada de nadie. Cómo talló cada sonido, estrangulando el manubrio,

el grave vibrato en su garganta me sepultó en el asiento. El día de la fiesta me dejó plata para que comprara una pechuga de pavo, un tarro de piña y algo para tomar.

Por qué tenías que ponerte a pololear con ella, te pregunté y tu cabeza se desplomó entre tus hombros. A mí se me ponía la cara roja y me temblaba la voz porque no supieras responderme, los grillos zurcían el verano a la noche calurosa. El psicólogo dice que es una fase, y que no hay que ser nada antes de los veintitrés, mi rabia era ahora la luz del foco tiñendo todo, no hay que ser qué, nada, volviste a decir, sin dejar de mirar el piso. Cuando pasé junto a ti te empujé con el hombro, te quedaste en el patio un rato, después del abrazo de las doce te fuiste donde la Andrea. Yo dormí con el Tomás solo porque estaba ahí. A él tampoco le gustan los hombres.

Destellos de infancia

Rodrigo Benavides

1

Recorto sin cuidado las revistas del TV cable, me escondo para que no me pillen sacándole hojas a la de este mes. Le quedé debiendo treinta pesos al cartero. Saco cola fría con un pincel, pego a la Winona Ryder al lado de la Jennifer Lopez.

—Cómo tienes ese mueble. Tu papá llega en un rato. ¡Lávate las manos! —grita mi mamá a lo que chirrea el aceite. Estoy casi seguro de que es ruido de papitas.

Con las manos pegajosas enchufo la radio que tengo con stickers de Pokémon, tomo el casete de 120, le echo un ojo a contraluz y si el lado izquierdo es más grande que el derecho sé más o menos cuánto adelantar. No tengo la canción completa, pero empieza donde me gusta. Play y suena *Too Much* de las Spice. El póster gigante en mi pared cobra vida y todas me ven bailar. Miré una vez el video en la tele e

imito a la Baby Spice. No sé qué cantan, pero me pongo de puntitas y juro que tengo zapatillas con plataforma.

—Va a llegar con los chicos. Por favor, deja de... ¡huevear!

Vuelvo del baño con las manos mojadas y más pegajosas. Me seco en el chaleco y la lana se apelmaza. Oigo que se abre la puerta con risotadas, apago de una la radio, doy vuelta el casete y lo adelanto con todo lo que da. Play y sueña Limp Bizkit. Llegaron cuatro soldados a almorzar. ¡Está Ramón!

—¡Oh, qué buen tema! —dice mientras se quita su chaqueta y le miro los brazos.

Al rato mi mamá está en la puerta pidiéndome que apague los tarros y salude a mi papá sin show.

—Hola, hijito —me dice frente al hoyo que dejó en la pared días atrás, cuando me pilló bailando.

Yo solo noto a Ramón que viene a hablarme y me toca la cabeza.

—Tengo el de Limp Bizkit por si quieres copiarlo.
—Me pasa la cajita y siento el roce de sus dedos. Trato de hacerme el leso ante los ojos del viejo milico aunque me cosquillee todo.

2

Sapeo conversaciones de lo difícil que es vivir en Punta Arenas y lo mucho que esos chicos extrañan a sus mamitas. Veo a Ramón, llora y se seca la cara. Qué ganas de abrazarlo hartito rato y quedarme en su pecho. Me quiero quedar con su casete y pasárselo cuando yo sea más grande. No lo suelto y lo manoseo de esquina a esquina.

3

Me despierto con la risa nerd de Ramón. Miro con cuidado por entre la puerta y está él con sus ojitos en dirección a mi pieza. Me salta el corazón. Prendo mi radio al máximo y oigo que alguien se acerca, estoy seguro que es él y me paro derecho para verme más alto. Entra mi mamá y me tironea de las patillas, hay que tomar desayuno y bañarse para ir al colegio.

4

Mi papá ronca y mi mamá ve películas del cable a medio morir saltando. Camino como ninja hasta el living come-

dor; ninguno de los soldados me ve. Están acostados con ropa interior en sacos de dormir y con poleras sin mangas que les marcan los pezones; nunca las había visto. Se ríen entre ellos mientras miran una revista. Ramón no los pesca, tiene puestos sus audífonos y escribe en una hoja. Juro que es una carta para mí diciendo que me quiere mucho. Cuando duermen, camino por entremedio y les reviso los bolsos que dejaron con ropa para lavar. Reconozco el de Ramón, me meto en sus cosas y encuentro un slip. Lo sostengo por la parte frontal y lo huelo. Mi ropa no huele así. Inhalo fuerte y me quedo quieto al crujir la casa. El viento acá se lleva las latas de los techos.

Herramientas

Carolina Durán Nicomán

Santiago, estación Las Rejas, Línea 1 del Metro.

Año 2007.

Se cerraron las puertas del vagón.

Te llevaré a una psicóloga, dijo Rocío. No estoy enferma, pero mi mamá cree que sí. No sabía que estaba haciendo algo malo.

Tres, dos estaciones menos para llegar. Intentaba conectar mi mirada con ella. Nada. Un témpano.

Caminamos por un pasillo blanco hasta que apareció Francisca, con una actitud idéntica al emoji del abrazo. Yo sentía el frío de un pollito a punto de morir en un matadero.

A la Carolina le gusta una niña, dijo Rocío, vengo a pedirte que la ayudes a enfrentar un mundo que la va a agredir por ser como es. Amo a mi hija. Quiero que le des herramientas para que pueda ser feliz.

Los amigos

Luis Romani

Con mis amigos de la calle viví la común experiencia de enseñarnos los genitales. Yo era mayor, así que mi miembro era más grande que los suyos, pero exageraron. Dijeron que lo tenía enorme, que se lo había arrancado a papá y me lo había pegado.

Luego empezamos a narrar relatos sexuales... bueno, en realidad mencionamos nombres de mujeres, vecinas, famosas, amigas y hermanas, mientras nos jalábamos. Como si todo el cansancio de la tarde, el sudor y la tierra del escondite no importaran. Eran puras manos hechas puños en un juego de miradas vírgenes.

Uno de ellos se obsesionó con mi pene. Lo agarró asombrado. Siguió jalando más de prisa. No lo soltaba. Estaba atento a lo que yo sentía, a los sonidos que producía y al olor ácido y luego agridulce que se percibía en el aire. Yo ni me inmutaba. No sentía nada, salvo el movimiento brusco. Piel envuelta sobre piel envuelta. Me entretuve viendo la reacción de mi otro amigo, arrugar su cara en una risa.

De repente sentí que la sensación de básico placer se había eliminado, o fusionado, o intercambiado, por unas tremendas ganas de orinar. Salí corriendo, pero no llegué al baño. Primero fue un retortijón en el estómago, al instante una punzada en la cabeza. Después un suave dolor de testículos se convirtió en una ráfaga de luz. Me quedé quieto en medio de la calle con la mancha de agua en mi pantalón.

Todo estará bien

Lorena Méndez Parra

... yo también esperaba que todo cambiara de un momento a otro —y no lo quiero justificar—, pero para *salir de ahí* a los doce tenía que suceder algo grave.

Recuerdo lo mucho que me dolía, y que no entendía bien lo que estaba sintiendo, pero te cuento que el dolor pasará y pronto volverás a caminar, aunque nunca olvidarás cómo se sentía la textura de las calles; el traqueteo de las ruedas al pasar por las piedras, la profundidad de los hoyos o los desniveles que caminando no se notan mucho.

Todo junto con la vergüenza de pedir ayuda al subir al transporte público o al transitar por las calles que no fueron construidas para personas que sienten todas sus imperfecciones al pasar o que, sin una rampa, no pueden cruzar, pero es que el Santiago de los '00 no estaba preparado para personas en sillas de ruedas. También recordarás qué se sien-

te estar en la posición vulnerable del sistema en esos años: pequeña, dependiente, deprimida y bisexual.

Sí, lo bisexual lo entenderás después. Será complejo de afrontar en la adolescencia, porque tu mundo no estará preparado para personas que aman de esa manera ni tampoco para el veganismo que comenzarás después, pero ¡sorpresa! Mucha gente lo será cuando seas mayor y parecerás una del montón.

Antes de que se nos acabe el tiempo, es importante que sepas que los álbumes de Salo valdrán mucho en un futuro, no los botes.

Y que el mantra de Sakura Card Captor: *Todo estará bien*, también se aplica a una pequeña niña de doce.

Yo creo que me gusta

Camila Fredes

La euforia recorría mi cuerpo. Estaba ansiosa, sentía el estómago apretado y la cara me dolía de la sonrisa que traía. Temblaba, saltaba y corría en busca del auto de mi papá que dijo pasar por mí en diez minutos.

Eran las nueve de la noche y ya iba demasiado tarde a mi casa, mi mamá enojadísima había llamado muchas veces y yo nunca vi el celular. Estaba contigo y las horas contigo volaban. Y no era mi culpa, no era algo malo... el problema fue que nadie sabía, ese día no quise justificar nuevamente la demora y tras mi corazón acelerado de casi besarnos, decidí contar la verdad.

Papá, yo creo que me gusta. Se rio, yo creo que no entendió. Llegamos a casa y me senté en el comedor donde estaba mi mamá. Mamá, yo creo que me gusta. Se levantó de la mesa y me dejó sola, sentada con todo el amor que tenía en el pecho. Ni siquiera me dirigió la vista, podría decir que ni respiró. La vi desaparecer por el pasillo y encerrarse en su pieza.

Se me cerró la garganta y mis ojos estaban a punto de dejar caer lágrimas. Sentí más miedo que en toda mi vida. ¿Qué había hecho? Y volví a temblar, volví a querer correr y saltar pero esta vez de mi familia. ¿Y si voy donde ella? ¿Y si nunca más le hablo?

Mi papá dijo que la cagué, que no debí, y en mi intento de ver a mi mamá de nuevo, no quiso que lo hiciera, pero insistí y escuché cosas que jamás podría repetir.

Es así como dormí enrollada e intenté sacar de mi cuerpo todo lo que dolía. Al otro día sentí asco, me sentí enferma. Con el tiempo esa noche se ha ido borrando de mis recuerdos, pero sé que siguen ahí cuando quiero ir a dormir a su cama y debo enfrentar mi vida una y otra vez.

Mi vida en destellos

Rocío Alejandra

6 años

Me entusiasmo cada vez que Melisa viene a mi casa, la tía que me cuida deambula sin prestar atención a nuestra inocencia. Nos encerramos en la pieza a jugar al papá y la mamá; mis ancestras desde el más allá me susurran al oído que tienen que gustarme los niños, no quiero, me gusta ella y quiero imaginarme una familia a su lado, junto con mis autos y las muñecas que ella trae cada vez que viene.

12 años

Mi mamá pinta de color palo rosa mi pieza y manda a hacer un cubrecama de flores. Pero yo quiero seguir jugando a la pelota y tener amores platónicos en el colegio, cabras más grandes que yo, que miro a escondidas cada vez que salgo al recreo. Un día, al llegar de clases, una vecina se pregunta en voz alta: “¿Es un niño o una niña?” Me resuena, comienzo

a ponerme los pijamas rosados que mi mamá me compró en el último tiempo.

14 años

Con mi mejor amiga pasamos todo el día juntas, nos tomamos de la mano, nos abrazamos, dormimos la siesta. En una actividad del colegio puedo sentir que las personas nos miran, pasamos todo el tiempo abrazadas y tomadas de la mano, hasta ese momento había olvidado que yo era hija del director. Papá me lo recuerda al llegar a casa, me habla de lo que es correcto y lo que no. La psicóloga me da una charla acerca de cómo mi cuerpo está hecho para encajar con el de un hombre. Me prohíben ver a Pepa, comienzo a pensar que tengo que portarme mejor. Las ancestras me susurran: Elige bien, elige a los hombres, y yo cansada les respondo: No se trata de decidir, se trata de lo que siento.

17 años

N, “una chica dos años mayor que yo”, comienza a mostrar mucho interés en mí. Entremedio de los carretes nos acari-

ciamos, nos abrazamos, todo es indirecto, aun así me voy enamorando de ella. Finalmente todo se concreta una noche que estábamos por irnos a dormir, en mi pieza nuestro hábito a copete nos empujó hacia la verdad que nos habíamos guardado hace meses, besarnos y confesarnos que nos gustábamos. Para mí todo parecía un sueño, creo que ese fue el filtro que ocupé durante mucho tiempo en esa historia, hasta que choqué de sopetón con la verdad. Cuando me contó que se había puesto a pololear con su amor hétero, y no solo eso, que se iría a vivir a Santiago para comenzar una nueva vida allá. La pena me inundó por completo, a meses de dar la PSU y durante mi último año en el colegio. Creo que fue la primera vez que una tristeza me duró tanto, se prolongó en el tiempo y coexistía con la esperanza de que volveríamos a estar juntas. Ella insistió en mantener el contacto a pesar de todo y yo acepté sin poner ningún límite, me buscaba, nos encontrábamos a escondidas, pasaban cosas, en la mayoría de los casos cuando estábamos con copete encima, al otro día solía desentenderse de todo. Así fue ese amor, un amor de vaivenes continuos durante años, entremedio de sus relaciones estables, de mis períodos de alejamiento, entremedio de incesantes sueños que se repetían y me dejaban

devastada al ver que se convertía en madre y comenzaba una familia sin mí. Me sentía como un pajarito encerrado en una historia difusa e interminable, hasta que un día tuve que ponerle fin, el día en que lo onírico traspasó a la realidad y me dijo: Voy a ser mamá. Las ancestras miran atónitas todo esto, desde siempre han pensado que solo se sufre por los hombres. Otra vez se equivocaron les digo, voy a sanar, quiero un amor bonito.

21 años

Tengo otra mejor amiga, con C nos llevamos bien y compartimos muchos momentos juntas, me ayuda a conocer los distintos rincones de Valparaíso, paseos entre cerros, ascensores, escaleras y bares. Siempre me intrigó su insistencia por buscar mi compañía, en el colegio no fuimos tan cercanas o teníamos intereses muy distintos como para coincidir. Quizás fue solo cosa de tiempo, no soy una persona que suele hablar abiertamente de lo que siente, ni de lo que le pasa, por lo que si llego a hacerlo es porque en realidad me siento en confianza. Con ella fue así y le hablé de mi parte más oculta, disidente, fleta, con un poco de miedo porque

conocía su historia ligada a lo católico. De ahí en adelante hubo un punto de inflexión, crecieron sus ganas de experimentar con una mujer, en nuestra amistad encontró un asidero, un espacio concertado donde nos convertimos en tiramigas. Cada vez pasábamos más tiempo juntas, nuestra vida universitaria convivía con nuestros encuentros, pasaron varios meses hasta que nos terminamos enamorando. Esa fue la primera vez que pedí pololeo, la primera vez que dije *te amo*, la primera vez que me entregué en cuerpo y alma a otro ser, ese fue el primer amor recíproco y compartido que tuve en mi vida. Durante siete años construimos una cotidianidad y complicidad únicas, soñamos con un hogar, una familia, tuvimos el apoyo de nuestros cercanos. Pero había un miedo que nunca quiso enfrentar, un miedo que le impedía contarle a su madre, su única familia. Con el tiempo entendí que un amor disidente requiere valentía, la valentía para defenderlo y protegerlo. El último año que estuvimos juntas, supe que mis fuerzas se habían acabado, que ya no tenía más ganas de esperar, ni de luchar. El estallido social me empujó inevitablemente con una revolución interna que no pude detener, la de priorizarme. Con el miedo a cuestras de quedarme sola, de no volver a amar, comencé a hacer co-

sas por mí. Las ancestras cuchichean cerca: ¿Cómo se hace eso de terminar una relación de años? ¿Qué es eso de ponerse en primer lugar? Esta vez no les respondo, tengo demasiada pena como para explicarles.

29 años

Ando de nómade entre Ovalle y Santiago, esta última una ciudad a la que evitaba ir hasta que en pandemia logró conquistarme. Esto coincidió con el despertar de mi sentido exploratorio, que estuvo ausente durante mucho tiempo, en medio de todo esto se ha creado un nuevo mapa en mi memoria y también en mi corazón. Conocí a D, Tinder nos introdujo estando a kilómetros de distancia, con las restricciones de las cuarentenas, los cordones sanitarios, los permisos interregionales. Una historia que comenzó en la adversidad, dos mujeres distintas con ganas de conocerse, con un tiempo y ritmos que las llevaron a vivir la intimidad de forma inmediata. Creo que donde más se aprende de libertad es cuando dejas de tenerla, cuando hay horarios que coartan por un cuidado común, así también se aprende a valorar la libertad en los vínculos, cambiar la palabra separación por el

espacio propio que cada cual necesita. Esta historia me tiene así, aprendiendo, trascendiendo mi apego ansioso, construyendo en una voluntad compartida, entre cuatro paredes y allá afuera, habitando la duda libremente. ¿Esto es ser libre? preguntan las ancestras al unísono, sí, así se siente el intento de ser una misma.

Noches

Felipe Cubillos Carter

Hola. ¿Qué onda? ¿En qué andai? Pero, ¿estay bien? Aquí, volviendo del carrete. Erí muy bonito. Sí, dale, súbete. ¿Estabai llorando? ¿Por qué? Ah, ya, qué bueno. ¿Y te gusta esta hueá? ¿Estay muy curao? Yo igual un poco. Ven pa acá. Que estay rico, conchasumadre. ¿Te gusta chuparlo? Espera, vamos a otra calle. ¿Estay bien? Acá está bien. Dale, tócalo. Qué rico. Chúpalo. Eso dale. Ahógate. Qué rico, qué rico estay. ¿Hací esto siempre? Se nota que sí. Ándate pa atrás. Eso, muéstrame el culo. Qué rico. Te lo voy a hacer mierda. ¿Querí? ¿Estay muy curao? Tranqui, si no duele tanto. No te duele tanto. No, hueón, cómo voy a parar si estay muy rico. No, no voy a parar. Eso, muévete. Si te gusta. ¿Viste? Te encanta, ¿pa qué te quejai? Si andabai en la calle pidiéndolo. Eso, calladito. No llorí. Me voy a hacerirme. Me voy. Qué rico. ¿Estay bien? ¿Te dejo acá o donde te recogí? Ya, hueón, que estí bien. Chao.

¿Qué pasó? Algo pasó, mira tu cara. ¿Estás bien? ¿A quién viste? Si no me dices no puedo ayudarte. Déjame ayudarte.

¿De esas noches malas que tenías? ¿Está acá? Tranqui, dame la mano. Vamos a otra parte. Vas a estar bien. Te quiero.

Ándate conmigo. Te juro que nunca he hecho esto, pero ándate conmigo. Felipe, ¿y tú? No te creo, qué risa. Más encima bailas bien. Eres demasiado mino. Yapó, ándate conmigo. No va a pasar nada que no quieras, te juro que no te voy a hacer nada, pero es que me encantai. ¿Se van tus amigos? ¿Te vas conmigo al final? ¡Ya, bacán! Yo pido el Uber. Me encanta esta canción. Ya, salgamos, dame la mano. No sé por qué se estacionó tan lejos. Sí, pero no va a pasar nada, caminemos rápido. Ahí está. Hola, sí, Felipe. Chuta, no le avisé a mi amiga que me iba. Espera. Coti, perdón, ¡me fui! Ah, ya, buena, bacán, ahí te cuento mañana. ¡Avísame cuando llegues! Ya, todo bien, se va a un after. Te juro que nunca había hecho esto. Por aquí vivía antes, hace unos años. Con una amiga, pero me cambié porque me fui a vivir con mi ex y me dijo que quería que fuera en un departamento nuevo. Pero terminamos, hace un par de meses. Él me pateó. ¿Y qué haces? ¿Estudias o trabajas? ¡Abogado! Qué buena. Y ¿qué haces? Uff, qué rudo, pero debe ser bonito igual. Aquí es. ¡Gracias, chao! Tranquilo, de verdad que no va a pasar nada

que no quieras. Yo creo que unos... ¿26? ¿33! No te creo, aparentas demasiado menos. Yo 28. Pasa. Eres demasiado rico. Agarrai demasiado bien también. Es que no te creo tu cuerpo. Vamos a la cama. Tu sonrisa me mata. ¿Estás bien? ¿Quieres parar? ¿Seguro? Tranqui, paremos. No digas perdón, obvio que tienes que decirme si quieres parar. ¡Es como lo mínimo! Ven. No puedo creer que el hueón más mino del carrete se vino a mi casa conmigo. ¡Es que erí demasiado mino! Buenos días. ¿Quieres algo? Todavía no puedo creer lo mino que eres. No, no era el alcohol. No te creo que tengai 33, yo voy a decidir que tienes 26. ¿Tienes algo que hacer hoy? Ya, buena. Te juro que nunca había hecho esto. Oye, ¿me das tu Instragram? Yapo, ahí hablamos. Cuídate. Rico.

Inhalar. Escribir

Ethan

La escritura, es pensamiento. En ella nos reflejamos, en sus saltos y contradicciones. Es terapia y reencuentro con la memoria. Es transitar por un laberinto entre la realidad pasada y las ficciones anheladas. El escrito es un salto, un fragmento, una instantánea.

Inhala. Exhala

Inhala. Recuerda

Cada vez que interactuamos con un recuerdo, este cambia. El color de la ropa, la forma de las cosas, el orden de los eventos, las voces. Nada es como fue, tal como una virgen quebrada o una taza vuelta a pegar.

Recuerdo tener

once, jugando entre el durazno y los rosales. Te pillé, grita el amigo de mi tío desde el segundo piso de la cabaña. No era su amigo.

doce, viendo tele. Aparece Jordi Castell mirando fijo a la cámara: Maricón es el que maltrata a una mujer.

trece, en un funeral, sin poder llorar.

casi catorce, estamos tomando té con hierbaluisa y cedrón, viendo TVN.

Último minuto. Fallece en la ex Posta Central el joven Daniel Zamudio, a los 24 años, víctima de un ataque neonazi, ocurrido la noche del 2 de marzo en el parque San Borja.

Hoy tengo 24 años.

veintiuno, me estoy sentando. Temblando en la segunda sala del segundo piso de Balmaceda 1215. *No soy como ellos.* Firmo asistencia al taller. Somos catorce maricas empezando a escribir(nos).

veintidós, diseñando un post para Diverses, por la reforma a la ley antidiscriminación.

veintitrés, estamos palabreando a Teresa Marinovic.

veinticuatro, entrando a la Blondie con pitillos,
botines blancos y una polera Basement negra.
Era de mi tío.

*En instantáneas, es imposible plasmar estímulos visuales,
olfativos, auditivos y táctiles. El papel es límite y punto
de partida.*

A la distancia. Horas y fragmentos.

Eran las siete y con la cara cubierta de aloe,
preparaba un ajo molido y su tazón de avena
repleto de nueces, pasas, linaza, harina tostada,
salvado, plátano y una cucharada de miel.

Eran las ocho y el queso de cabra que a ella le
encantaba, me produjo una arcada.

Eran las tres y bajó un frío pampino. Mis labios
estaban rotos y secos, no había nada para hidra-
tarlos entre la pila de dieciséis cutés¹, cuatro san
Expeditos, ocho pares de aros, seis perfumes,
dos cremas antiarrugas y una biblia. Que man-
tequilla, que más agua, que aloe, que esto que lo

¹Nota de le escritore: Cutex deviene en cuté.

otro. ¡Rouge! Y me pinta los labios de carmesí. Pero cómo le vas a pintar los labios si es un niño, pero es que no hay más y los tiene secos. Esa noche, la noche en que se cayó la biblia a las cuatro, dormí por primera vez con los labios pintados.

Eran las diez y no se podía caminar por su pieza sin tropezar. Sobre los muebles: tres tazones con cinco bolsas de té verde cada uno, siete san Expeditos, dos Budas, tres cremas de baba de caracol y cuarenta cutés.

Eran las seis y media, Mane Swett bailaba flamenco encantando a Jorge Zabaleta. Mientras tanto, ella me ayuda a pegar las láminas en el álbum de Brujas que me regaló.

Eran las una y volvíamos de Vivar, con chumbeques y un mecano que nunca armé. Aproxima el almuerzo haciendo crispear pejerreyes, huevas y filetes de albacora.

Eran las diez y media, estábamos sentades en la cama, frente a sus treinta y cinco bolsas de mezclilla, cosidas en su taller con setenta y siete hilos de coser. Le caen lágrimas de sal y temor por mi soledad. Santiago es un monstruo y la cosa está tan mala y tú ahí tan solito. No tanto. Le muestro una foto:

Una mariquita nortina de la mano de una cola periférica,
en medio del Forestal.

Gracias a la escritura y por amor nos inventamos imposibles.

La chusca del Longino permea los zapatos y el paradero de Las Cruces. Huele a cigarro. Ropas, maderas y cortinas impregnadas. Pintas de nicotina brillan entre conchas de abulón y cenizas.

Recuerdos y conversaciones que nunca serán.

Fue entre el '94 y el '95, creo que aún trabaja en el banco, en pleno centro de Santiago. Las cosas eran de otra forma. Dos amigos que iban al museo de Bellas Artes, al Forestal o se tomaban un café. Miéchica, el fondo. Nunca dejes de revolver o se va a quemar. Eso, desde el fondo, siempre

revuelve desde el fondo y saca el paño, nunca dejes cosas junto al fuego. Te contaba, no fue fácil. Sí, había llegado la democracia y todo, pero seguíamos siendo ilegales y con gusto nos aporreaban. Estábamos enfermos para la gente. Aún me acuerdo de los diarios: “Murió paciente del cáncer gay chileno”. No fue fácil, pero nos enamoramos y nos fuimos a vivir juntos. Dos amigos arrendando en el barrio República. En esa casa conocí a tu papá, obvio que lo notó. Ojo que la salsa tiene su punto, si te pasas, nada le va a sacar el amargo. Cuidado con quemarte y enderézate.

Cocinas imaginarias con tazas sobre el mantel y lluvia derramada.

¿Qué pasó después? Algo sabes. Los noventa tuvieron harto movimiento, hartas protestas, especialmente para que se hiciera algo con la crisis del SIDA. Fuimos a algunas, pero no te podías exponer, al menos vivíamos en un barrio con harta comunidad. ¿Cómo era? LGB ¿más? LGBTI+. Alto y fíjate en no machacar los arándanos, quieres que se sientan en la salsa. Las protestas parece que sirvieron de algo y así, el año en que naciste, se nos legalizó a los homosexuales.

*Fragmentos de una historia que no fue. Fragmentos que
no pudieron frenar, lo inevitable.*

Después nos vinimos a vivir a Las Cruces con tu Nana,
había que cuidarla, pero tú sabes, era dura. Vivimos juntos
como amigos y construimos... tus primos construyeron la
cabaña de arriba. Nos amamos y vivimos, lo que tuvimos
que durar.

Hasta que te fuiste.

Inhala.

*La escritura es dialogar con otros y nosotros mismos.
Mañana, ayer y hoy.*

Me soñé niño. Corriendo por los roqueríos.

Me veo niño. De polera amarilla.

Frente al mar. Con la salada en la lengua. ¿Quiénes somos?

Me soñé joven, como hoy. ¿Quién seremos?

Como ayer. ¿Quién eres?

Caminando de vuelta del mar.

Entre gotas saladas y el olor a huiro.

Encontrándome.

Soy tú, pero más cansado.

Imposible. Yo no me vería así.

Ni tu pelo es igual.

No, no lo es. Nada es igual.

*Mi cuerpo. En mi recuerdo me había
ficcionado. Es más chico, anda chueco y
su manito partida irrumpe en sus gestos.
Y mi pelo. Antes de la quimio era liso.*

*Su pelo. Está largo y tiene ondas, pero
el mío es liso. Y usa un short, tan cor-
to. Tiene las ojeras más marcadas. Yo
no usaría eso, ni un aro, ni un collar.*

Dime tres cosas que solo yo sabría.

Uno.

Quisimos teñirnos de negro, porque nos molestaban;

Dos.

No te atreves a abrir las primeras cinco hojas de Alsino;

Tres.

Cuando más chique

¿Chique?

Le dijiste a tu profesora, que no eras bueno
para los sentimientos y no podrías escribir un poema.
Dijo que te equivocabas. Ahí están las tres.

Me he imaginado esto, pero no *así*.
¿Qué pasó?

Si te lo dijera no lo creerías
y probablemente te decepcionarías.
Cambiamos.

*Dicen que la playa tiene esmeraldas y el mar está hecho
de lágrimas.*

*Dicen que el mar se embotella. Que su sedimento son las
penas.*

*Dicen que en una gota se ven cristales, así como en las
lágrimas y en los arenales.*

Dicen que la sal es transversal. Lo que queda.

Que si las tocas te despides, en angustias y desdichas.

¿Qué nos pasó?

Afloraron dudas, aprendimos, cambiamos.

El mundo se fue a la cresta. No me voy a mentir, ha sido
intenso.

¿Todo cambió? ¿Por qué somos *así*?

No todo, pero debes permitirte dudar.

Pero, mi amor, entre lágrimas y salares no hay mucha diferencia.

Esta conversación da para más, pero lamentablemente estos pensamientos y su hilado fragmentario están limitados a nueve o diez páginas, un plazo no correspondido y un té que se enfrió.



Colofón

Los cuentos de *Florido, Clavel* fueron escritos en el invierno y primavera de 2022 y su compilación fue concluida en enero de 2023.

Cada texto germinó de mano de sus autoras y floreció con la generosidad del grupo que les acompañaba, quienes compartieron sus sentires en nuestras mañanas autobiográficas.





**ESCUELA
DE DESCR
IPTURA**

Narrativa + Lectura

ISBN 978-956-414-303-3



9 789564 143033